La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 4 de julio de 1892 — Núm. 549

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con uno de los próximos números repartiremos el tomo II de la obra NERÓN, de D. Emilio Castelar

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Zola.—Sus escritos recientes.—*La Débacle*.—Traducción de tal palabra.—Momentos tristísimos en que aparece tal extraordinario libro.—Fúnebres augurios.—Profecías de otro tiempo cumplidas en su sazón correspondiente.—Reproducción de un diálogo sostenido el 12 de septiembre de 1868 en las cercanías de París con una familia imperialista y publicado en los diarios americanos por octubre.—Mis recomendaciones de ahora.—Conclusión.

I

Tengo sobre la mesa el reciente libro de Zola y no hago más que hojearlo. Muy apreciador del relieve puesto por la grande plástica de su estilo á todo cuanto Zola escribe, no puedo conformarme con su doctrina y su manera empeñadas en poner aquellos términos de ascensión sobre la realidad, que se llaman el arte y las letras, por bajo de la realidad misma. Estoy tan de malas con la escuela realista en literatura, como con la escuela positivista en filosofía, como con la escuela utilitaria en moral, como con la escuela socialista en política. Reconozco el mérito de un escritor dotado con tal plasticismo, que pone de bulto á vuestros ojos cuanto quiere describir con pluma semejante á cincel; pero abomino de una escuela que gusta de lo vulgar y de lo bajo. Yo no rechazo el realismo por sus pecados eróticos: los cometen las letras clásicas y se leen todas ellas con placer espiritual y psíquico, los comete Tirso y no chocan; yo rechazo el realismo por sucio. ¿Volveríais á una casa, en la cual os llevaran los dueños en vuestras visitas, no á la biblioteca, no al estrado, al número ciento? Yo creo haber definido los defectos capitales de semejante doctrina literaria, diciendo cuán bien me parece un árbol que convierte los estiércoles de sus raíces en resinas y en aromas y en flores y en mieles, y cuán mal me parecería un árbol que convirtiera las resinas y los aromas y las flores y las mieles de sus ramas en estiércol. Creo al arte tan obligado con la verdad en todo lo real como á la ciencia. Los jardines de Armida, con sus alamedas formadas, no por troncos, por cuerpos, me disgustan: las alamedas deben ser alamedas, y creo esa mentira tan fea como tonta, cual todo aquello que pugna con lo eternamente verdadero. Pero me disgusta la carencia de ideal en la escuela realista semejante á perdurable noche sin estrellas. Conozco yo á maestros en la doctrina, iniciados por su naturaleza ge-



EL BAUTIZO.—LABRADORES DE LA HUERTA DE VALENCIA, cuadro de D. Joaquín Agrasot

nial propia en la escuela, que merecen título de verdaderos escritores, pues rayan donde Zola en materia de frase gráfica. Y con todo este talento, el cual campea en sus obras, al acordarse de que son realistas, pónense á describiros una dulcera llena de moscas en vez de confitura y unos bañistas eructando en sus paseos el carbono de las aguas que toman en sus curas. Cierto día llegué yo á ciudad tan interesante como Vergara, y me fuí á visita de obligación en todo rendido amador, cual yo, de las bellas artes, á ver el *Cristo* de Montañés. Examinad aquel portento de humano cuerpo. En todo cuanto tenemos nosotros de animales, en el esqueleto, la verdad está reproducida con una exactitud implacable; pero en cuanto ha de habérselas con lo espiritual, con la expresión, con el alma, con todo aquello que parte del cerebro, pero que es como superior al cerebro mismo, con el pensamiento, estalla la fulguración de un ideal supremo, al que bien podemos calificar de sobrehumano por divino. Hasta los sistemas, que no encuentran punto fijo ninguno en el universo, arrastrado por el curso de un perdurable movimiento, especie de río sin fondo y sin ribera y sin fuente y sin desagüe, admitiendo, como no pueden menos de admitir, la evolución universal y encadenando los términos de esta evolución unos con otros, llaman al arte y á la ciencia fases hiperorgánicas del gran todo cósmico. No debemos admitir, pues, la estética de Zola por contraria en su idolatría de la verdad á la verdad misma, y sí admirar cuantas obras suyas sean admirables; como no debemos admitir los principios materialistas y ateos del gran poeta romano Lucrecio, sin dejar por ello de poner sobre nuestras cabezas en culto y veneración sin tasa ninguna su maravillosísimo poema.

II

La novela reciente tiene por objeto la última guerra europea, y se llama *la Débacle*, intraducible palabra. En la grande afición de nuestros editores á traducir los libros franceses más mediocres y publicarlos en versiones vulgares é incorrectas, no me sorprende que un gran maestro como Zola vaya *emprentado* ya en lengua castellana por esos mundos de Dios; y me sorprende mucho menos todavía que nadie haya podido dar con el título español correspondiente al título francés. Así, huyendo yo de los calores hoy reinantes y anheloso por el airecillo que mueve la carrera de un tranvía, subí este anochecer al vehículo abierto que corre á cada dos por tres ante mi puerta, y vi sobre un banco el volumen de Zola, editado en Bilbao. Tomélo con el ciego impulso que me arrastra en mis devociones literarias á coger los libros, y vi como habían dejado el título en francés. Aunque la Real Academia Española no admite ni registra el *boulevard*, estamos en la obligación de usarlo todos cuantos creemos imposible ahora escribir sin ciertas palabras desconocidas de nuestros padres, como es imposible comprar y vender sin ciertos valores convencionales antes ignorados; y debemos así observar, en virtud y por obra de tales motivos, como en este nuestro boulevard Serrano aparecía el célebre libro con el mismo nombre de pila que lleva en el boulevard Montmartre. Y han hecho bien los traductores, pues nada muestra cómo se nutren las lenguas del medio circunstante, y se corresponden con la naturaleza y las condiciones del clima y del suelo donde por hábito resuenan, cual esta falta en el Mediodía de una palabra correlativa y correspondiente con la palabra francesa *Débacle*. Deshielo es la primer acepción. Pero ese deshielo español, tan dulce y melodioso en los versos de Garcilaso y de Meléndez, producido por el suave Favonio de una primavera encantadora sobre las manchas de nieves desparramadas por las cumbres de nuestros montes parecidos á celestiales pirámides compuestas por peñas de lapislázuli ó de coral rosa ó de violáceas amatistas, no puede compararse con el deshielo alpestre de Suiza y de Francia, en que montañas titánicas de hielos perdurables, envueltas en espesísimas negras boiras, un día siniestro se desgajan en aludes tonantes con fragoroso estruendo parecido al desquicio de la tierra, y rodando en moles enormes, que todo lo devastan con sus asoladoras caídas bajo la propia pesadumbre abrumadora, esparcen por todas partes la desolación y la muerte. *Débacle* no puede traducirse por los deshielos melodiosos y suaves de la granadina Sierra Nevada ó del puerto erguido en las líneas nortes de nuestro caluroso Madrid. Y me detengo en la palabra del título tanto, y con ella me regodeo, por una razón muy sencilla, por no encontrar argumento más fuerte que oponer á la escuela prosaica y realista que tal metáfora zolesca, cuando la veo tronar contra las imágenes románticas y vejar con el apodo de falacias las maravillosas traslaciones de sentido usadas por Víctor Hugo y por José Zorrilla en sus sublimes versos componentes de una epopeya ciclópea. Quien para darnos idea de la irrupción extraña con todos sus estragos y desastres; para decirnos como han quedado yermos los campos, y ardido las aldeas, y bajado los buitres, y caído millares de cadáveres sin sepulturas posibles sobre la tierra fecunda, y epidemiádose los aires con miasmas exterminadores y contrarios á sus combustiones de vida, y roto las playas por doquier en torbellinos de miserias y en diluvios de lágrimas y sangre, atormentando más á los supervivientes vulnerados en sus familias extintas que á los moribundos redimidos con el último espasmo y el último estertor de su agonía; quien para darnos idea de todo esto tiene que apelar á un deshielo en los Alpes, á un derrumbamiento asolador, á un alud terrible, á un huracán henchido por la nieve tempestuosa y á un terremoto causado por los desplomes titánicos, bien puede asegurarse que ha desmentido toda su doctrina y se ha entrado como Pedro por su casa en los más dispares y más violentos y más románticos tropos. La realidad sirve para mucho, para desmentir con su lógica el arbitrario sofisteo de las supersticiones convencionales.

III

Pero dejémonos de letras, y vamos al fondo mismo de la celebrada historia. ¡En cuál momento aparece! Nunca se ha obscurecido en los tres lustros últimos como ahora el cielo europeo. La visita del gran duque Constantino á Nancy, el viaje de los reyes italianos á Potsdam, los siniestros presentimientos expresados por la consumada ciencia de Bismarck, el empeño tenaz en Italia de guardar las carteras á los dos ministros de Guerra y Marina que han aumentado los armamentos y contribuído á la ruina del tesoro; esas maniobras de Rusia, y Austria en los Balkanes, así como de Rusia é Inglaterra en el Afghanistán; la embajada del cónsul británico en Marruecos á Fez, donde pisa regueros de pólvora y amenaza con irreparables catástrofes; la inspección ejercida por Freycinet en todas las fronteras orientales y los discursos dichos por Guillermo II á roso y velloso en toda coyuntura favorable ó no, promueven tal cúmulo de fundadas sospechas y extienden tales sartas de torpedos cargadísimos que á cada minuto Europa ve la máquina celeste desplomándose sobre la cabeza y huyéndosele bajo los pies la tierra en una erupción espantosa de combates gigantescos que nos traigan un radical exterminio y lleguen á extirpar del europeo continente la libertad moderna y hasta la civilización cristiana. Por eso, en trances tan dolorosos como el trance por que ahora pasamos, bajo las amenazas de una catástrofe tan inminente; cuando ninguna clase de conjuros debemos escatimar en el descargo de la nube tonante, cuyos estampidos nos aturden y nos apenan á un mismo tiempo, no basta con describir una guerra en cuadros maravillosos, parecidos á las aguas fuertes de Goya, por lo mucho que se adivina bajo sus difusos y difuminados esbozos; precisa erguirse ante la nación francesa, hipnotizada por la neurosis de su desquite, y detenerla con fuerza en el borde obscuro de un abismo tan sin fondo y tan sin entrañas como ese á cuyas espirales vorágines se acerca la infeliz como empujada por una propensión incontrastable al suicidio. Cuando la escuela realista, en el período en que la guerra última se generaba, en el período extendido entre las fatalidades terribles del año sesenta y seis y las fatalidades terribles del año setenta, iba en la persona de los Goncourts desde los palacios de la emperatriz y de la princesa Matilde á los cafés donde se condensaba entre taza y taza la oposición formidable de Gambetta y de Ferry, pero iba indiferente á todo, buscando emociones que verter á su gráfica lengua y figuras que copiar en sus cartones impresionistas, los llamados retóricos levantábamos la voz y decíamos como necesitaba para salvarse Francia de aquel juicio final, provocado por el cesarismo, recoger en elecciones y en parlamentos soberanos el gobierno de sí misma y pesar por sí las causas de paz y de guerra para no dejarse dirigir por la piedra de una vejiga destrozada ó por la inconsciencia y el capricho de una señora histérica.

IV

La espada de Francia, decía yo el 12 de septiembre, año 1868, á célebre familia imperialista, una fuerza material, no sirve de nada contra tantas fuerzas materiales. Imposible que reproduzcáis la epopeya guerrera del primer imperio, al cabo rematada por una catástrofe, por Waterloo. La precisión y la fuerza de las máquinas de guerra han imposibilitado las inspiraciones del genio. Tantos contra uno pueden aniquilarlo. Pero aún os queda un recurso, la fuerza moral: romped la espada é invocad el derecho. Entonces volveréis á ser la nación iniciadora del progreso, el pueblo redentor, el genio de la filosofía; y con el viento que vuestra bandera agite se caerán las coronas de vuestros enemigos, y cada paso que dé Francia resonará como un golpe mortal en la base de los tronos. Entonces veréis cómo los reyes no pueden declararos la guerra. Pero todo eso á costa, me decían ellos, de proclamar la República, ¡jamás!; la República que nos desarmaría, ¡jamás, jamás! Venga la guerra contra todos y contra todo: que tenemos fe viva en los destinos del imperio. ¡Sonad, sonad la trompa guerrera!, les decía yo. El mundo político europeo, amenazado por la guerra, me parece como aquel gigantesco sueño de Byron, en que el sol se ha ido, las estrellas se han apagado, el día ha muerto, el planeta rueda como un yerto cadáver en los espacios, cosido dentro de un saco de tinieblas; y los hombres queman sus bosques, sus pueblos, sus riquezas para iluminarse, hasta que todo consumido, todo devorado por el frío, dos eternos enemigos, palpando en la obscuridad, encuentran las cenizas medio apagadas de un altar, soplando su rescoldo lo avivan, y al mortecino resplandor se ven, y expiran de rabia, leyendo cada cual mutuamente y en su pálida y demacrada cara esta siniestra palabra: ¡Maldito, maldito! Como entonces gritábamos: ¡República!; y cuando nos oyeron, á los dos años, el cuatro de septiembre, ya era tarde; gritemos con clamor intensísimo en este momento: ¡Paz, paz, siempre paz!

29 de junio de 1892

JOAQUIN AGRASOT

Y LA ESCUELA PICTÓRICA MODERNA

España, la patria en donde han visto la luz los más grandes pintores del mundo, la que con Italia compartió un día el reinado del arte serio y noble, ha debido apurar la amargura de la decepción y del desengaño ante las brillantes manifestaciones artísticas de otros Estados, antes obscurecidos, en el gran concurso universal celebrado por la antigua Lutecia para conmemorar el triunfo de los ideales que han cambiado la forma constitutiva de las naciones y señalado las aspiraciones de los pueblos modernos.

Y téngase en cuenta que en España no estamos faltos, por fortuna, de artistas de clarísimo ingenio, dotados de especialísimas cualidades que les colocan en condiciones favorables para sentir é interpretar el verdadero arte; es que por desgracia, los más han dirigido con incierto rumbo sus frágiles naves, hallando sólo escollos, dudas y vacilaciones. Cada época reclama de todas las manifestaciones del hombre su genuina y gráfica representación, y preciso es convenir que durante un largo período que pudiéramos llamar de transición, los pintores no han parado mientes en ello y han dejado que los pinceles mancharan el lienzo, cual si obraran impulsados por un mecanismo, faltos de la poderosa fuerza interpretativa de la inspiración. Nuestros artistas no recordaron que ellos, como todos los que emplean las fuerzas activas de su inteligencia en la producción de obras destinadas á la posteridad y á servir de medio para manifestar la cultura y el adelanto de su época, debían pintar para la historia, y que el fútil empeño de lucir dotes de dibujante y colorista, dando muestras de habilidosa labor, no podía servir para cifrar el concepto y las aspiraciones del arte moderno.

La incierta corriente ha arrastrado durante algunos años á privilegiadas inteligencias, y es tan innegable esta afirmación, que basta recordar los extremos que se han tocado, ya que hemos visto desvirtuada la verdad histórica por el completo desconocimiento de las épocas ó vulgarizándose con el pataleo de las flamencas, reuniéndose con las crudezas del más duro naturalismo, ó bien produciéndose cuadros con fondos grises y abetunados, con tipos reales, pero antipáticos.

Con esto no queremos significar que seamos enemigos de la pintura histórica ó religiosa, por más que creamos que la de género y costumbres sean las que se hallan más en armonía con las aspiraciones y corrientes que distinguen á la presente época. La humanidad tiene, hoy como ayer, vicios y virtudes, días de gloria y períodos de prueba, rasgos de sublime abnegación y de repugnante egoísmo, sin que para representarlos el artista deba acudir á las nebulosas páginas de la historia de los tiempos medios, puesto que si el señor feudal, la castellana, el trovador y el siervo interesan su fantasía y cautivan su imaginación, el hombre de hoy tiene ante la historia, ante la religión y la familia, ante la sociedad y la vida común de los pueblos más derechos quizá á sus simpatías, puesto que sus triunfos se basan en

más nobles elementos y los resultados de los esfuerzos de la inteligencia y del trabajo, logran de las ciencias y de las artes indiscutibles beneficios que disfrutan sus semejantes.

La pintura moderna apóyase sólidamente en la filosofía y psicología sociales, que facilitan el práctico conocimiento de la vida y cultivan el espíritu, conduciéndole á la concepción de grandes y nobles empresas, llenando el artista la interesante misión de analizar el espíritu social y los dramas íntimos, nuevos y complicadísimos, que conmueven hoy á la sociedad.

El resultado que el arte pictórico español logró en la última Exposición Universal de París patentiza la exactitud de nuestras apreciaciones. Y si bien es cierto que la evolución estaba ya iniciada y que el renacimiento artístico había ya producido brillantes manifestaciones, preciso es que algunos tengan en cuenta que el magnate, el monarca, el pontífice, el guerrero ó el diplomático nada significan en su personalidad analizados en el crisol de la crítica, y que el objeto del arte moderno exige el estudio psicológico y filosófico para conocer la importancia de los hechos y de los acontecimientos.

Verdad es que para cultivar con provecho esta clase de pintura, debe poseerse sólida educación estética é histórica, y saber distinguir, tanto lo que afecta al temperamento como lo que hiere al espíritu, y apreciar asimismo la distancia que media entre lo que se ve y lo que sólo se adivina. La escuela, aunque moderna, no es nueva, ya que ha tenido en otras épocas espléndidas manifestaciones y entusiastas prosélitos. Por el medio plástico y la palabra escrita hanse reproducido obras tan admirables, que al sintetizar cada época nos dan á conocer sus vicios y virtudes, revelándonos las sociedades que fueron. Y lo mismo Horacio que Cicerón, Rafael que el Ticiano, Dante y Bocaccio, Rubens y Teniers, Calderón y Tirso, Velázquez y Goya, es decir, todos los que figuran como astros de primera magnitud en el purísimo cielo de la inteligencia, pintaron ó describieron su tiempo por medio de brillantes cuadros saturados del espíritu de su época.

El camino estaba ya trazado cuando Goya produjo sus inimitables obras, genuinamente españolas, y la escuela se halla bien determinada, cuando entre sus entusiastas é inteligentes adeptos figuran nombres tan distinguidos como los de Becquer, Ruy-Pérez, Fortuny, Zamacois, Rico, Jiménez, Ribera, Galofre, Mas, Llimona, Ramos y otros más, que desechando la morralla flamenca, han producido obras dignas de encomio por su espíritu, por su belleza y la verdad de la forma.

A este grupo pertenece Joaquín Agrasot y este género de pintura es el que ha cultivado desde que dió sus primeros pasos en el camino del arte. A sus bellísimas composiciones, á sus sencillas notas de color que tan visible sello tienen de modernismo, debe la justa reputación de que goza entre los inteligentes y *amateurs*. Aun en Roma, en donde permaneció algunos años, precisamente los mismos que Fortuny, de quien fué predilecto y cariñoso amigo, supo evitar el contagio del amaneramiento y emprendió la forma agradable y simpática que marcara el carácter de esta época, y que otros pintores distinguidos en Francia, Bélgica, etc., han cultivado después con tanto aprovechamiento. De nada servían entonces los esfuerzos de Rosales para conseguir conmover é interesar dando formas á las elevadas ideas que bullían en su mente, ni los de Fortuny logrando realizar maravillas en la reproducción de la naturaleza y en las combinaciones de luz y colores, hasta el extremo de fascinar con sus creaciones, ya que la mayor parte de los que constituían entonces la colonia artística romana, reñidos con la verdadera pintura histórica y con el verdadero misticismo religioso, y no presintiendo la laboriosa evolución que había de producir el modernismo y con él la pintura de género, derrochaban lastimosamente su ingenio y malograban sus aptitudes pintando flamencas y toreros estudiados en *modelos*, convertidos en desgarbadas comparsas por su teatral atrezo y falta de carácter. Ya hemos dicho que Agrasot supo sustraerse de tan pernicioso contagio, y después de haber recogido en Roma las enseñanzas que podían prestarle, en el

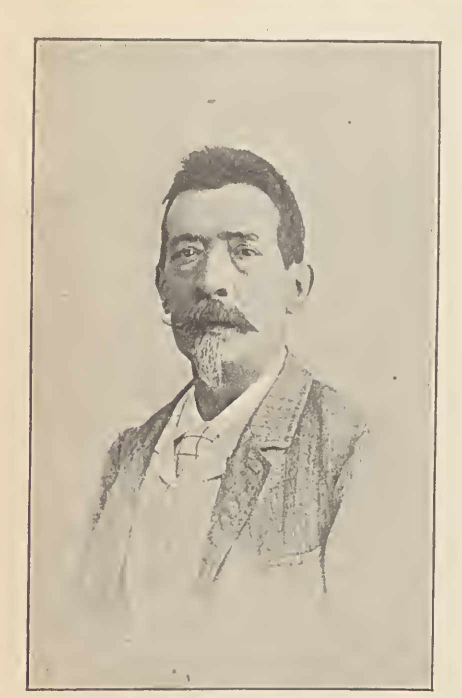


FLORISTA VALENCIANA, cuadro de D. Joaquín Agrasot

UNA OBRA DE MISERICORDIA, cuadro de D. Joaquín Agrasot

ocaso de su vida, los que fueron astros de primera magnitud en el mundo del arte, trasladóse á París, en donde pudo impregnar su espíritu del puro ambiente de los modernos conceptos del arte, que presentía y anhelaba manifestar.

Aunque suponemos en Agrasot, ya desde sus primeros años, especiales condiciones para el arte, creemos justo consignar que éstas se han solidado por efecto del continuo estudio. Exigente consigo



EL PINTOR D. JOAQUÍN AGRASOT

mismo, no ha permitido la exposición de una de sus obras sin haber vencido todas las dificultades que le hayan opuesto la línea ó el colorido. La mayoría de sus cuadros representan luchas, investigaciones; porque aparte de la concepción y desarrollo del asunto, plácese, ajustándose á las reglas artísticas de la estética y el arte, en vencer los escollos que los tonos, al combinarlos, pueden ofrecerle. Agréguese á esta, que pudiéramos llamar cualidad, la de observar en todas, absolutamente todas sus composiciones, la mayor corrección en el dibujo; circunstancia que no poseen la mayoría de los pintores, aun los que se distinguen como coloristas, y se comprenderá el buen concepto de que goza y la estima en que se tienen sus cuadros.

Si Agrasot no se hubiera ya dado á conocer en Roma como artista modernísimo y cultivador de la pintura de género, podríamos decir que es un alicantino extranjerizado. Pero el pintor nos pertenece, es español, aun en los cuadros en que representa escenas y tipos no vulgarizados todavía en nuestra patria, porque sobre las filigranas del color y la elegancia de la factura, que armoniza con la fidelidad de la reproducción, se destaca la viveza, el calor, el sentimiento que sólo se halla en la tierra española, en donde el cielo brilla más, el sol ilumina con más fuerza y la naturaleza toda sonríe.

Discípulo de la Escuela de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, en la que ingresó en 1857, dióse pronto á conocer, siendo pensionado en Roma por la Diputación de Alicante, su provincia. En la ciudad Eterna pintó la *Lavandera napolitana* y la *Escuela de aldea*, que fueron premiados en la Exposición de 1864 y adquiridos por el Estado, figurando el primero en el Museo del Prado y el segundo en la Academia de Bellas Artes de Barcelona. A este triunfo siguió el que obtuvo en el concurso de 1867 por su bellísimo lienzo, titulado *Las dos amigas*, adquirido asimismo por el Estado. De esta época datan los cuadros de caballete y las bonitas acuarelas que figuran en las colecciones de París, Berlín, Londres y Nueva York. El fallecimiento de su cariñoso amigo Fortuny determinó su regreso á España, en donde debía recoger nuevos lauros por su cuadro *Muerte del marqués del Duero*, premiado en la Exposición de 1884 y adquirido por el Senado. Otra recompensa alcanzó por su *Entrada del emperador Carlos V en Yuste*, que también fué adquirido para el Museo Nacional.

Historias de taller, *Montañesa de León* y *El bautizo* son sus últimas producciones, premiadas también en las Exposiciones Nacional y en la de Bellas Artes de Barcelona.

Tal es este campeón del arte moderno español, y tales las manifestaciones de su ingenio. Si logra hallar imitadores, podrá caberle la gloria, á pesar de su modestia, de haber ejercido un influjo en el arte pictórico español y marcado segura senda por donde enderezar sus pasos á los que no pueden todavía orientarse. Mas sea cual fuere el resultado de sus laudables esfuerzos, el nombre de Joaquín Agrasot figurará siempre entre el de los artistas distinguidos, honra de las artes patrias.

A. GARCÍA LLANSÓ

ESO DE LOS MOLDES

(Correspondencia particular.)

Sr. D. G. Bó y Singla

Barcelona

Queridísimo amigo y compañero mío (no agrego *y correligionario*, porque se ha convenido en que las *Ilustraciones* no tienen carácter político): Por si usted conoce y trata, como creo, al articulista que firma sus escritos con el seudónimo *Agni*, escribo esta carta, la cual, aunque remitida á usted, va destinada á él, para contestar á varias preguntas que en un artículo, titulado *De mi cartera* é inserto en el número 22 del periódico *El Viajero*, el ya mencionado *Agni* me ha dirigido.

Sería yo muy desagradecido y cometería delito de lesa buena crianza si no comenzara esta réplica, ó lo que fuere, dando gracias á mi compañero en la prensa *Agni* por la benevolencia con que me trata; benevolencia tan excesiva que realmente me abruma y que me deja, de todo en todo, imposibilitado para corresponder á ella como ella merece; conste que le quedo obligado y reconocido, y que no le digo más sobre esto, porque no encuentro frases que expresen completamente mi agradecimiento.

Y orillada (que no saldada, pues me declaro insolvente para pagarla), orillada previamente, digo, esa deuda de gratitud, procuraré desvanecer algunas dudas que *Agni* expone en la segunda parte del artículo, en que el colaborador de *El Viajero* analiza otro que publiqué no ha mucho tiempo en *El Imparcial*.

Quiero, sin embargo, advertir á mi indulgentísimo comentarista que no soy enemigo de ninguna escuela literaria, absolutamente de ninguna; todas me parecen aceptables, todas me parecen buenas, si bien algunas no me parecen escuelas; pero el que yo las niegue ese carácter no significa que sea enemigo suyo, ni que sus aspiraciones me disgusten ó sus tendencias me desagraden.

Decía yo, en el artículo á que *Agni* se refiere: que el *Teatro Español* no se halla en decadencia; que no había necesidad de romper sus antiguos moldes, ¿para qué romper nada?, y que con los antiguos bastaba, porque en ellos cabían perfectamente obras de autores tan diversos en sus trabajos como Echegaray y Vital Aza, Sellés y Ramos Carrión, Cano y Burgos, Tamayo y Luceño, etc., y á esto, que *Agni* acepta como principio general, pone mi buen amigo (y le llamo amigo porque como amigo y muy amigo me trata) el siguiente reparo:

«¿No puede formar nueva escuela una producción que engalanada en buenas formas literarias, establezca, por ejemplo, el principio de que los hijos todos son legítimos y sólo los padres pueden ser ilegales? ¿Una obra que sea una sátira contra los vicios de la moderna sociedad, hasta ahora respetados y consentidos? Las obras que tienen su tesis social ó política (según los casos), ¿son confundibles con cualquiera que trate de costumbres ó de amor? O más claro: cuando el progreso moderno establece en el teatro, *púlpito de la verdad*, según Moratín, cátedra de nuevos principios, ¿no forma eso escuela modernista, realista, naturalista, ó como se llame, apartada de la vulgaridad de las otras?»

A mi modo de ver, el dramaturgo que pretendiese demostrar (ó el que lo ha pretendido, porque eso ya se ha hecho) que todos los hijos son legítimos y solamente pueden ser ilegítimos los padres, no crearía una escuela nueva, ni fabricaría moldes nuevos, ni descubriría novísimos horizontes... Haría un drama bueno, ó mediano, ó malo, dentro de los moldes antiguos; esos moldes que sirvieron á Shakespeare para dar forma á su *Hámlet* y á su *Rey Lear* y se lo pudieron dar á D. Eleuterio Crispín de Andorra para sacar á luz *El gran cerco de Viena*. Una obra que sea una sátira contra los vicios de la moderna sociedad hasta ahora respetados y consentidos, como dice *Agni*, no vendría á revelarnos nada nuevo, sino á darnos un drama bueno, si era bueno; malo, si era malo, y en que el autor haría exactamente lo mismo que otros muchos antes que él habían hecho. Ni tampoco es exacto que los vicios de la actual sociedad estén respetados y consentidos; sátiras contra las costumbres de la actual sociedad son casi todas las comedias de nuestros autores contemporáneos.

¿Qué es si no *El tanto por ciento*, de Adelardo Ayala? ¿Qué son *Las circunstancias*, *La levita*, *La lengua*, *Las personas decentes*, de Gaspar? ¿Qué son *La moderna idolatría* y *La opinión pública* y *La trata de blancos*, de Cano? ¿Qué *El nudo gordiano*, *Las esculturas de carne*, *Las Vengadoras*, *La vida pública*, de Sellés? ¿Qué son *El archimillonario* y *El pródigo*, de Novo? ¿Qué son *Vivir en grande* y *Sin familia*, de Miguel Echegaray? ¿Y qué son *Los ídolos de barro*, de Jacobo Salas; *De carne y hueso*, de Colorado, y *La Carmañola*, de Nocedal?

Pues son sátiras contra las costumbres actuales; sátiras que han dado por resultado trabajos mejores ó peores, como obras dramáticas; pero ningún molde nuevo, ninguna aspiración desconocida; *El sí de las niñas*, de Moratín, era ya una sátira contra las costumbres *contemporáneas* (contemporáneas del autor); *El café*, no digamos; y ¿á qué detenernos en época tan cercana? ¿Qué fué el teatro de Aristófanes sino eso precisamente?; lo que hacen ahora, *mutatis mutandis*, los autores de revistillas políticas, que de tanta y tan justificada aceptación gozan.

Pero dice mi querido compañero *Agni:*

«Ya sé que, según algunos, eso son cosas secundarias; pero si agitamos las pasiones humanas, si discutimos problemas y presentamos soluciones, justo es que el sentido, no ya de los críticos y escritores todos, sino el del público, evolucione hacia este sentimiento que anhelamos sea común. Opino que es hora que al lado de la belleza se busque la verdad, y eso si no es una realidad viviente, sea al menos aspiración de autores dramáticos y críticos.»

Vamos por partes: mi opinión es que el *arte* y la *ciencia* deben marchar por caminos diferentes, pero que conserven entre sí constante paralelismo. El arte aspira á la belleza y hacia ella va; la ciencia tiende á la verdad y en esa dirección marcha; la moral busca el bien y en su persecución camina; los senderos por



RETIRADA FORZOSA, cuadro de D. Joaquín Agrasot



HISTORIAS DE TALLER, dibujo al carbón de D. Joaquín Agrasot

donde la ciencia, el arte y la moral andan, adelantando siempre, en pos de sus ideales respectivos, son, como he dicho, distintos, pero paralelos; podrán encontrarse donde las líneas paralelas se encuentren, allá en el infinito, donde se hallan realizados el sumo bien, la verdad absoluta, la suprema belleza; pero no pueden encontrarse antes. Acaso el arte va con más prisa que sus compañeros de viaje y anticipa ideas vagas á la ciencia, pero no es la ciencia. Claro que el arte no puede, si ha de ser arte humano, contrariar la tendencia al bien ni la aspiración á la verdad; pero su dominio, su jurisdicción, es la belleza.

Pensando así, está dicho que no me parece sitio adecuado aquel marco de bastidores y de bambalinas para resolver arduos problemas, ni para controvertir filosóficas tesis. La índole especialísima de los públicos á quienes van dirigidas las obras teatrales no permitiría tampoco esas literaturas *docentes*.

Pero dentro de los límites del arte, ¿qué hay de nuevo en que el autor dramático se inspire en lo moderno, en lo que tiene á su alrededor, en el medio en que vive? ¡Pues si eso han hecho todos los dramaturgos que en el mundo han sido! Los autores de nuestro teatro clásico pintaron la sociedad de su tiempo; los de ahora pintan la suya, y cuando se apartan de ese camino, suelen presentar personajes históricos que se parecen mucho á los socios de nuestros casinos ó á los oradores de nuestros Ateneos.

El teatro, más que otra manifestación del arte, vive de la actualidad, del medio en que se mueve, de la sociedad que en él ha de verse retratada; pero eso, eso no es invención de ahora, ni puede serlo; eso es lo que ha sido el teatro desde que nació, lo que será hasta que desaparezca.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

SECCIÓN AMERICANA

TIPOS PORTORRIQUEÑOS

EL ADIVINO

Apenas quedan ya en el país ejemplares auténticos de este curioso tipo, y puede ser que los portorriqueños de la nueva era no le conozcan ni acaso le hayan oído nombrar; pero tiene su fe de vida en la tradición y en la memoria de las gentes ya maduras, y no carece de rasgos característicos que le dan derecho á figurar en mi galería de cuadros de costumbres.

Tuvo el tal sus ascendientes, como todo hijo de vecino, y á su vez se ha ido transformando poco á poco, siguiendo las eternas leyes de la evolución y cediendo á las exigencias progresivas del medio social. Procede en línea más ó menos recta del gitano y del truhán andaluz, y acaso no esté muy exento del espíritu fantaseador y sibilítico de la raza india. Vino más tarde la superstición africana á facilitar el desarrollo de este tipo, fomentando la creencia en brujos y hechicerías, y no necesitó más el adivino para crecer, multiplicarse y adquirir fama en los pueblos del interior.

En el primer tercio del presente siglo estaban todavía muy en boga los adivinadores en varias comarcas portorriqueñas.

Cangrejos y Loiza llegaron á gozar de mucha nombradía por el número y calidad de sus oráculos vivientes. Hoy sólo quedan dos ó tres en estas últimas poblaciones, y aun con ellos hay de sobra para las escasas consultas que les dirigen la ignorancia y la estupidez.

Derivaciones y variantes progresivas de tales brujos son el *santiguador*, el *curandero*, el *tesorero* ó buscador de tesoros enterrados, el *billetero profeta*, el *ojeador*, que hace ó cura mal de ojos, y otros tipos de la misma índole, que también van muy cuesta abajo entre nosotros desde que el periódico circula hasta por los distritos montañosos menos frecuentados y va ejerciendo su influjo incontrastable la enseñanza popular.

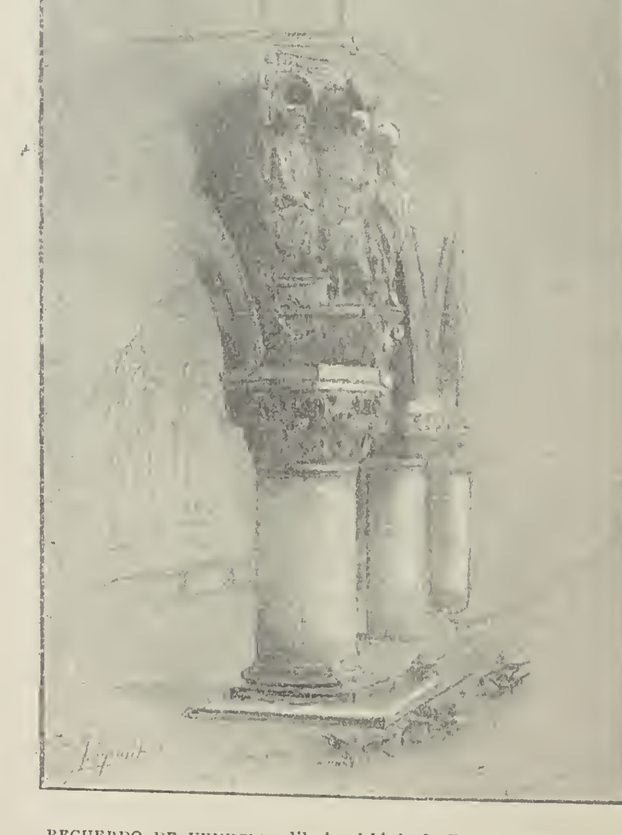
El adivino á que me refiero tenía ciertas afinidades con el brujo y con toda su parentela, pero no llegó nunca á confundirse con él. Conservaba rasgos distintivos, originales, y vivía en una sociedad más *elevada* geográficamente; se le hallaba por lo general en los barrios y pueblecillos de la altura.

Era casi siempre *jíbaro* puro, de tez clara entre amarillosa y cetrina, flaco y ágil de cuerpo, ingenioso y agudo por naturaleza, observador sagacísimo y disimulado, muy dúctil de carácter y bastante vivo de imaginación.

Tenía en todo esto grandes ventajas sobre el brujo de la costa (generalmente de raza etíope), y era también más zalamero y astuto.

Afectaba en sus actos una modestia y humildad casi rayanas en la abyección.

Se hacía el bobo para que resultara más admirable y sobrenatural el don que le atribuían de adivinador. Lo veía todo sin que al parecer se fijase en nada; se introducía en todas partes y atisbaba por todas las rendijas, aparentando siempre la mayor indiferencia, y se le hallaba á todas horas y por todas partes, mirando hacia el suelo ó hacia arriba, como un sonámbulo abstraído é indiferente al mundo que le rodea.



RECUERDO DE VENECIA, dibujo al lápiz de D. Joaquín Agrasot

A veces movía los labios como si hablase con algún ser invisible, para mejor embaucar á sus clientes ó convecinos.

Con tales disposiciones y medios de acción, no podía menos de adquirir bien pronto entre ellos fama de adivinador. Casi *todo se sabe* en las poblaciones pequeñas, por causa de su propia pequeñez y de la falta de novedades que reclamen y distraigan constantemente la atención de sus habitantes. Pero si en uno de esos mismos vecinos se reunen la curiosidad viva y persistente de la mujer, la libertad del hombre, la ligereza del niño y la ociosidad é independencia del vago, podrá llegar á saberlo todo, sin *casi*, ó por lo menos llevará gran ventaja á los mejor enterados.

Añádase á esto que el adivino tiene además vocación decidida y mucho empeño en aumentar una fama que se traduce á lo mejor en moneda contante, y que su posición humildísima le permite observar con ventaja, observar sin que vean que observa, sin que se recaten de él, así como el que mira impunemente, desde la obscuridad ó la penumbra, á los que se agitan descuidados en plena luz.

Estaba, por consiguiente, muy al cabo de todo lo que acontecía en el pueblo, y en condiciones de contestar á todo lo que le preguntasen acerca de la vida íntima y secreta, de los actos, de las palabras y hasta de los pensamientos de la vecindad.

Las mujeres sabían por él todos los devaneos de sus novios ó maridos; á éstos les informaba sobre la fidelidad de sus prometidas ó consortes, y daba explicaciones y vaticinios acerca de los misterios locales, unas veces con aplomo y á ciencia cierta, otras con ambigüedades de pitonisa, pero siempre en tono profético y como quien ignora todo lo que pasa en torno suyo y recibe de lo alto la inspiración de lo que dice.

Nunca citaba nombres propios para no comprometerse y para que así resaltara más lo extraño y maravilloso de su poder. Cuando tenía que referirse á una tercera persona en sus consultas, solía emplear perífrasis ó medios muy adecuados al ejercicio de la nigromancia.

– Revélame ahora mismo, le decía un amante celoso, el nombre de ese que tú dices que ronda mi calle y manda papelitos á Brígida.

– Yo no sé su gracia, *don*. No tengo *traquilidá* con la gente grande. Nunca le vi, no *arreparo* en *na* de la tierra... ¡Un rayo me *junda!*... Pero usted lo va á ver ahorita.

Y llenaba de agua un *coco* negro, de ancha boca, y lo ponía delante de los ojos de su cliente.

– Mírelo ahí.

– No veo nada.

– Pues yo lo veo clarito, como en un espejo.

– ¿A quién ves?

– A ese hombre... Ahí en el coco. Tiene la barba *asina*, *separá* en dos *filachas*, una aquí y otra acá, salvo la parte (señalando los lados de la cara); las narices grandes, los *lesos* un poco gordos; en la frente, á mano derecha, un bultito *colorao*, como un grano de *achote;* el *panamá* fino y *virao*, el *jumaso prendío*, el *tricual*...

– ¡Ya sé quién es!...

– *Cudiao* con un *diquivoque*, señor.

– No, no; es el mismo.

– Yo no conozco á *naide*, ni sé *na*. Digo lo que está en el coco. Espérese un poquito... Los ojos *acarapachaos* y saltones; el paraguas de cuadritos...

– ¡Basta, hombre, no digas más! Toma (dándole dinero) y que nadie sepa...

– Gracias, *don*. Yo no sé *na*, ni digo, ni *dentro*, ni salgo... ¡Allá el coco! Si usted quiere *bebelse* el agua...

– ¡Vete al diablo!

– Él lo acompañe.

***

Y por este mismo tenor eran siempre sus informaciones. Nunca denunciaba á nadie nominalmente; fingía ver en el coco lleno de agua la figura de la persona á quien quería designar, y la iba describiendo punto por punto hasta que no quedara duda en el ánimo de su interlocutor, protestando siempre no saber nada, no conocer á nadie, no haber visto cosa alguna. De este modo hacía más admirable y patente cada día su facultad de adivino; en todo caso quedaba exento de responsabilidad. No sabía nada, no había visto á *naide*, no conocía á la gente más que *pa selvirla*, no *dentraba* ni salía... ¡Allá el coco! El agua en donde él veía todo aquello estaba limpia, cualquiera podía beberla; él mismo la había traído de la *crebá*...

Cuando se le interrogaba sobre algo que él no sabía, pero que le era fácil averiguar, daba largas á la contestación con especiosos pretextos y estudiadas reticencias que avivaban la curiosidad y la admiración del cliente, mientras él, el adivino, husmeaba y adquiría la certeza más ó menos relativa de lo que deseaba saber.

Contaba con auxiliares eficacísimos, mujercillas chismosas principalmente, que le ayudaban sin saberlo, con su murmuración, á descubrir los secretos domiciliarios de la vecindad.

Pero estas adivinaciones de carácter doméstico y personal sólo constituían una de las diversas fases de su oficio. El más pingüe negocio del adivino consistía en *adivinar* en dónde estaban los cerdos, caballos, reses vacunas, alhajas y hasta niños pequeños que se desaparecían. ¡En esto solía ser infalible su gracia profética!

Muy rara vez se cuidaban ya en el pueblo de buscar el ganado ni las demás cosas que desaparecían. Aquello era una especie de contribución á la que estaban sujetos los vecinos del contorno; unos porque creían verdaderamente en el poder sobrenatural del adivino, y los más escépticos por evitarse la molestia de andar buscando lo que á muy poca costa podían obtener por medio del adivino.

Era éste muy moderado en el cobro de consultas, y con frecuencia se conformaba con uno ó dos pesos por cada caballo ó res vacuna cuyo paradero adivinaba. Por las joyas ú objetos importantes cobraba en proporción al precio, pero modestamente. Por dar noticias de niños que se perdían no cobraba nada, pero los padres le demostraban su reconocimiento con regalos que superaban casi siempre el precio de la adivinación. ¡A bien que muy raras veces desaparecía un niño que no fuese hijo de padres poseedores de algún caudal!



Estudio para el cuadro *Antes de la corrida*, dibujo de D. Joaquín Agrasot

Pero no se recordaba nunca el caso de que niños, reses ni objetos preciosos que desaparecían por intervención de nuestro tipo, sufriesen daño ó perjuicio de ninguna clase, ni que dejaran de aparecer al fin y al cabo, en una ú otra forma. No era, pues, un malvado el adivino; era más bien un vividor alegre, un bohemio de la nigromancia cuca, una deliciosa mezcla de indio, de gitano y de truhán andaluz.

En clase de parásito era de lo más original y llevadero que podía darse.

¡Cuánto más pesados, insaciables y *sangrigordos* son los parásitos de ahora!

Pero no nos metamos en honduras.

***

Uno de los últimos ejemplares de este tipo ejercía sus funciones en Cayey allá por el año 1848.

Gobernaba entonces á esta isla el general Prim, que más tarde influyó poderosamente en la transformación política de España, y había empezado á visitar los pueblos con el propósito de oir sus quejas y estudiar sus necesidades. Estas visitas eran entonces mucho más penosas que hoy en aquella parte de la isla, porque no se había construído aún la carretera central. Los viajes no podían hacerse en coche, como ahora, y el general Prim llevaba siempre en sus expediciones un hermoso caballo de su propiedad, probablemente su caballo de combate, que pocos años después le auxilió tanto en la jornada inmortal de los Castillejos.

Llegó Prim á Cayey cuando ya estaba próxima la noche, y después de los repiques de campana, el *Te-Deum*, la formación de las milicias y demás ceremonias del rito colonial, todavía vigente, cambió algunas palabras, muy pocas, con las autoridades y comisiones que acudieron á cumplimentarle, comió con regular apetito, asistió con aire displicente á un bailecillo que habían organizado para festejarle, y cerca de las once dió por conocido el pueblo y sus necesidades, disponiéndose á continuar el viaje al amanecer del día siguiente.

Apenas los pitirres y demás pajarillos de la campiña habían empezado á silbar, como si se mofasen de aquel sistema de visitas (que no ha variado gran cosa desde la época del general Prim), cuando se despertó Su Excelencia y dió inmediatamente las órdenes para emprender la marcha.

Poco después llegó el alcalde muy azorado.

– ¡Mi general!...

– ¿Qué ocurre?

– Que no parece el caballo de vuecencia.

– ¡Cómo! ¿Qué es lo que dice?... gritó el general con voz algo alterada por la sorpresa y el mal humor.

– Le andan buscando, añadió tímidamente el alcalde, y creo que darán con él. El secretario y dos guardias salieron con sogas hacia el río. La junta municipal anda por el cerro.

El general, ya impaciente, dió un violento manoplazo sobre la mesa en donde acababan de servirle el café; lanzó un terno de caballería, que hizo ruborizar á la alcaldesa, y se dirigió nuevamente á la autoridad local con voz más desentonada:

– Pero usted ¿no dijo anoche que el caballo estaba seguro?

– Sí... mi general... lo estaba... con perdón de vuecencia, tartamudeó el alcalde. Yo mismo lo amarré en el pasto, que tiene la cerca de *espeques*, *maya* y *cundiamor*. No podía salirse. El portillo amaneció cerrado... Allí está la estaca limpia y fuerte...

– Pues pronto hará falta aquí, si no parece el caballo en seguida, rugió el general trémulo de ira, buscando algo contundente y duro que apretar entre sus crispadas manos. Llegó en este momento el síndico, un anciano regordete, de estatura corta y de mirada perspicaz; le dijo el alcalde algunas palabras á media voz; se dió éste una palmada en la frente; hizo llamar á un urbano, con el que habló breves instantes, y quedóse después un poco más tranquilo, aunque observando con cierta inquietud el rostro y los movimientos del general.

Tenía Prim uno de esos temperamentos irritables, impetuosos, casi explosivos, que son propios de los grandes héroes. La menor contrariedad le hacía perder los estribos, y había que temerle cuando la ola sanguínea le inundaba el rostro, dándole la siniestra aunque brillante animación de la llamarada.

En aquel instante se hallaba el general en uno de sus accesos de exasperación y de impaciencia muy cercanos á la ira, y en los que bastaba una palabra, un gesto, un solo punto de resistencia ó de oposición para determinar la crisis. Respiraba de un modo irregular y agitado, golpeaba maquinalmente con el látigo los objetos que estaban á su alrededor; á intervalos paseaba de prisa y sin rumbo, haciendo resonar bajo sus pies el mal ensamblado pavimento á compás del rumor metálico de las espuelas; se detenía de pronto, pronunciaba tal cual palabra confusa y mezclada con enérgicas interjecciones y destrozaba á mordiscos el cigarro puro que acababa de encender.

Prolongábase demasiado aquella situación insostenible, y no debía de estar ya la ola roja muy distante del cerebro de Su Excelencia, á juzgar por la visible alteración de sus facciones, lo encendido de sus párpados y el matiz encarnado de sus mejillas, á favor del cual adquiría más visible relieve la cicatriz que las acentuaba. Crecían también por momentos la ansiedad y la zozobra del alcalde, cuando llegó el guardia jadeante con la noticia de que había parecido el caballo.

– ¿En dónde estaba?, preguntó el general frunciendo el ceño.

– Donde dijo el adivino, contestó el guardia con ingenua candidez...

– ¿Y quién es ese adivino?, insistió Prim.

– Mi general, dijo el alcalde, es un vecino de aquí, un infeliz que suele adivinar y da noticias de lo que se pierde.

– ¡Que venga en seguida!

Poco después llegaba el adivino casi á empujones, y se acurrucaba en un rincón, lo más lejos posible del general.

– ¿Eres tú el adivino?

– ¡Jeh, jeh!... *Asina disen*, mi general.

– ¿Y adivinaste en dónde estaba mi caballo?

– Sí, señor.

– ¿Lo habías visto?

– Ni *pol* pienso, mi general.

– ¿En qué parte estaba?

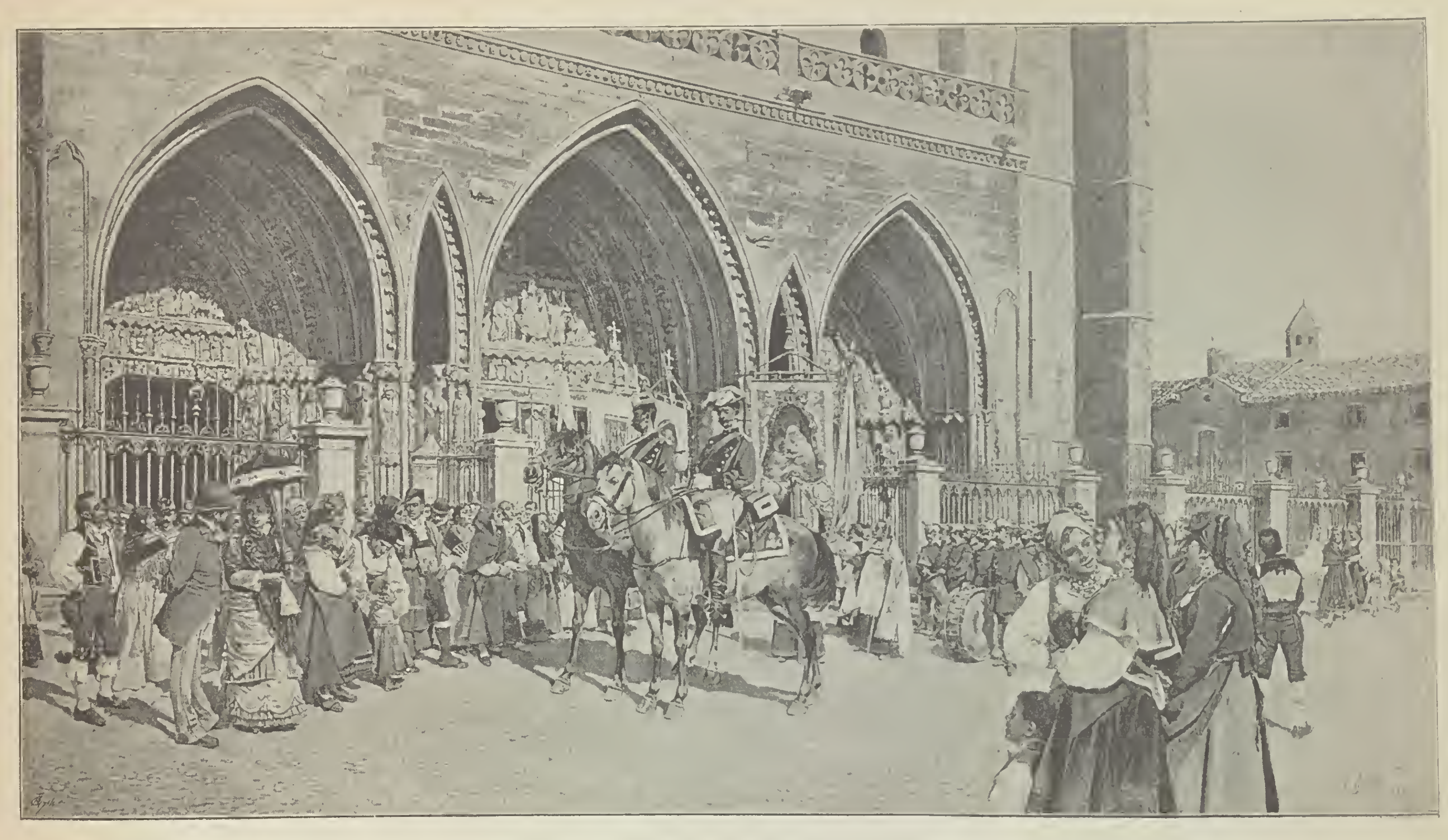
– *Onde mesmo* le dije al *ulbano;* ahí alantito, en la barranca, entre el mango viejo y la *palisá*...

El general sentíase á la vez indignado y absorto ante aquel originalísimo personaje, que á pesar de tanta simpleza le parecía un pícaro redomado, y era de fijo el causante de aquella detención.

– ¿Conque adivinas, eh?... dijo el general mirándole con ojos de fuego.

– Dicen que tengo esa gracia... pero yo no sé *na*, respondió con voz melosa y humilde el adivino.

– Pues adivina lo que voy á hacer contigo ahora,



SALIDA DE LA PROCESIÓN, cuadro de D. Joaquín Agrasot

gritó Prim, apretando convulsivamente la empuñadura del látigo entre su diestra.

El adivino se puso todavía más pálido de lo que estaba, y se apretó contra la pared como si tratara de incrustarse en ella; pero tuvo, sin embargo, el aplomo suficiente para contestar.

– Pues... por lo pronto... *güesensia* me va á *dal*...

– ¡Acaba con mil rayos!, añadió el general con rostro encendido y blandiendo el látigo con movimiento febril.

– Me va á *dal*... media *onsa*, por la *iayá* del *cabayo*.

– ¡Mientes!, tronó el bravo militar, echando mano al bolsillo del chaleco y lanzando una onza de oro al asustado interlocutor como quien dispara un tiro. ¡Mientes, que ni siquiera traje monedas chicas!

Hizo en seguida una seña á sus acompañantes para que se pusieran en marcha, y ordenó al adivino que se largase inmediatamente de allí, porque le estaban dando tentaciones de hacer un escarmiento.

Cuando ya el adivino bajaba de tres en tres los peldaños de la escalera, le gritó de nuevo el general:

– Si se te ocurre otra vez tocar siquiera mi caballo.. ó cualquier otro que no sea tuyo, ¿adónde adivinas que te mandaré?

Detúvose algo confuso nuestro tipo, sin saber lo que había de decir; pero en vista de la terrible impaciencia del general, contestóle con voz débil é insegura:

– Me mandará *güesencia* á la cárcel.

– ¡Mientes también! No es ahí á donde tengo pensado mandarte. ¡Ya te conformarías con ir á Ceuta, bribón!

La noticia de este suceso corrió bien pronto de boca en boca; el oficio de adivino fué decayendo desde entonces, y es fama que en todo el curso de la visita no volvió á desaparecer el caballo de batalla del general Prim.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

DIÁLOGOS MATRITENSES

EL CAFÉ DE FORNOS

– ¡Vamos, monina, decidamos lo que hemos de tomar, que el mozo ha venido ya dos veces!

– Ya te he dicho que lo que tú quieras.

– Tomaremos, pues, un arlequín de fresa y mantecado...

– No, no me gustan esas mezcolanzas.

– Otras veces bien te han gustado; pero... lo que quieras. Pueden traer un licor finito.

– Eso es, para que luego mamá diga que olemos á taberna. ¡Quita, quita!

– ¿Y un refresco de jarabe de grosella?

– No me choca.

– Pues en clase de refrescos es muy bueno, y aquí lo hay superior.

– Lo que hayamos de tomar que lo traigan pronto; porque en este café, con tanto hombre fumando, está esto que apenas se puede respirar.

– Por eso quería yo llevarte á Levante, que á estas horas está casi vacío.

– Sí, pero allí no hay pasteles tan ricos como los de aquí.

– ¡Pasteles! Pues si tú has dicho: «Leopoldito, yo quisiera refrescar,» y me parece que pasteles para apagar la sed...

– En efecto, no quería pasteles; pero aquella señora los ha pedido, y yo...

– ¡Vamos, acabáramos! Mozo, pasteles para la señora y para mí un curasao.

– Yo quisiera otro cura, Leopoldito.

– Traiga usted dos... (¡Quiera Dios que nadie pida por ahí la luna; pues si no, habrá que traerle otra á mi costilla!)

***

– Ven ustedes esta línea recta: pues bien, por aquí pasa el río. ¿Están ustedes?

– ¿En el río?

– ¡No, hombre, en el negocio!

– No he entendido ni una palabra de todos esos garabatos, y á los señores creo que les sucede lo mismo.

– Pues es muy claro; fíjense ustedes: aquí esta raya es el agua; estos puntos indican las tierras, y estos círculos son...

– El fuego y el aire, y ya tiene usted los cuatro elementos.

– ¡Vaya usted á paseo! Todo lo toman ustedes á guasa. ¡Una empresa tan seria como convertir seis leguas cuadradas de tierras pantanosas en un verjel y con tan poco desembolso!... Diga usted que en España no se protege el genio industrial; que si no, ya verían ustedes qué pronto tenía yo coche.

– ¿Coche celular?

– Eso usted que anda por ahí embaucando á las gentes con las minas de la Isla de los Caracoles, que nadie sabe dónde está.

– ¡Vamos, paz, caballeros, paz... que todos somos unos!

– Si yo no me incomodo por tan poco. Tengo mucha correa.

– Más vale así; pero yo no puedo menos de reirme al ver á Pérez haciendo rayas y más rayas sobre el mármol, cuando todo eso no conduce más que á un resultado práctico.

– ¿Cuál?

– Poner de mal humor al mozo, que ha de fregar la mesa.

***

– ¡Caramba, vizconde, qué palido vienes! ¿Estás enfermo?

– ¡No tengo yo mala enfermedad! Juan, chico, tráete cerveza y limón helado, pero mucho limón, así como un par de vasos grandes.

– ¿Para qué quieres tanto hielo? ¿Es que quieres acostumbrarte para cuando vayas de embajador á San Petersburgo?



EL BRINDIS, cuadro de D. Joaquín Agrasot



EL CHARLATÁN, cuadro de D. Joaquín Agrasot



LOS PERROS SABIOS, cuadro de D. Joaquín Agrasot

– Déjate de bromas, Manolo. Acabo de tomar el disgusto hache.

– Cuéntanos, hombre; que parece imposible que tú te disgustes por nada.

– ¡Demonio! ¡Todo el plan desbaratado! ¡Estúpida! ¡Ah! Si algún día la pillo la tengo que matar.

– Chico, estás representando admirablemente un papel á lo Echegaray. Cualquiera que no te conociera tanto como nosotros, supondría que eres un alma sensible, lo cual es falso de todo punto. En fin, tómate ese brebaje y entre sorbo y sorbo cuenta lo que te sucede, que ya sabes que tus cosas las miramos como propias.

– Pues bien: figuraos que el papá de Mercedes acaba de negarme la mano de la chiquilla.

– ¡Bah! ¿Y de eso te apuras? ¡Mejor! La sacas de casa, das un escándalo y por fin papá se enternece ante la trágica posición de su hija y te envía el dote, que es lo que te hace más falta.

– Sí, pero tú no cuentas con la huéspeda.

– ¿Qué huéspeda?

– Que Mercedes, á quien he recurrido en alzada, me ha dicho que su papá tenía razón y que no se casaría conmigo mientras yo no tuviese una carrera y me recogiese á buen vivir.

– ¡Qué atrocidad! ¿Eso ha dicho esa marisabidilla?

– Eso y otras cosas que me callo.

– ¡Pero esa mujer está loca! ¡Buena figura harías tú con el libro bajo del brazo á tus años! Harías reir á todo Madrid.

– Como si fuese posible que yo dejase el Casino, la Peña y me retirase á hacer vida de ermitaño.

– No has perdido nada.

– No digas eso, que he perdido en un momento un par de millones de dote.

– Sí que es lástima, pero qué remedio.

– Y más estando de ingleses hasta la coronilla.

– ¡Ay! De ese color creo que todos tenemos un traje completo.

– ¡Calla! ¿Ese que ha entrado es D. Epifanio?

– El mismo.

– Voy á ver si quiere adelantarme, prestarme, dejarme ó regalarme cien duros.

– ¡Ca! Está muy escamado.

– Veremos: le ofreceré la *charrette* en hipoteca. Adiós, hasta luego; pagad uno de vosotros eso, que yo no tengo suelto.

– Lo que es lástima es que no estés atado codo con codo.

***

– ¡Quién lo había de decir! ¡Nueve negros seguidos! ¡Y yo dale que dale apuntando al rojo! ¡Maldita sea mi suerte! Y para fin de fiesta, mañana los exámenes... ¡Bonita figura haré yo delante de los señores de San Carlos! ¡Bah! ¡Un suspenso, más qué importa al mundo! ¡Perezca la raza humana! ¡Exterminio! ¡Maldición!, como decía no sé qué personaje, no me acuerdo si en Eslava ó en el Español. ¡Cuidado que si apunto al negro!... A estas horas tendría: dos que hacen cuatro; cuatro que hacen ocho; ocho que hacen dieciséis; dieciséis que hacen... la mar. ¡Qué juerga, gran Dios, qué juerga! Y así... me he quedado más limpio que una patena. ¡Malditos negros!... Pero cuánto tardan esos diablos; y el caso es que hasta que vengan no puedo tomar nada, ni un mísero café... ¿Adónde habrán ido?... Si han ganado estarán en algún colmado, y mientras tanto yo aquí convertido en la estatua del Comendador. ¡Paciencia y barajar! La verdad es que este mundo está muy mal arreglado; hay desigualdades irritantes, por ejemplo: ¿por qué aquel tío gordo acertó nueve negros y yo ni un color siquiera? ¡Misterios incomprensibles! Esto la verdad es que está muy aburrido. Así con disimulo, voy á ver si echo una cabezadita... Haré como que medito... ¡Digo, y que no tengo sueño atrasado!... ¡Nueve negros seguidos... seguidos!... ¡Ah!...

***

– El discurso del marqués de Villa-Cacerola ha sido infernal, con aquella voz y aquellos gestos de chimpancé; cada párrafo era un torpedo que reventaba á todo el mundo. El ministro de Fomento le hacía muecas para que se callara, pero él dale que le darás. Gracias á que la presidencia tendió la capa y cortó por lo sano con la votación; que si no... el niño ese nos hace salir los cabellos verdes.

– A pesar de eso que usted dice, la votación no ha podido ser más favorable al ministro.

– Sí, pero eso no le hace; está herido de muerte: créame usted á mí, que llevo veinte años de diputado y casi otros tantos de senador.

– Lo creo; pero como hace tanto tiempo que está usted augurando catástrofes que no llegan jamás...

– Bueno, pero la opinión pública no ha estado nunca como ahora.

– ¿Y ahora qué le sucede á esa señora?

– Ahora está indignada y no puede tragar por más tiempo á los hombres que nos gobiernan, y usted no sabe lo que es la opinión pública cuando dice «¡allá voy!» usted no lo sabe.

– Sí, señor, sí que lo sé; que este invierno pasado la vi en París en *Folies Bergeres* cancaneando de un modo admirable.

– ¡Cancaneando! ¿La opinión pública?

– Sí, señor; en *Orphé aux enfers*. Por cierto que era una buena moza... de primera... En fin, que el teatro se venía abajo, y yo no hubiera tenido inconveniente, á pesar de que me precio de consecuente, en cambiar mi opinión particular por aquélla.

– Lo creo, y más conociendo las tendencias de usted.

– Pues mire usted, amigo mío, lo mismo que me pasó á mí en *Folies Bergeres* les sucede á muchos en política, con la diferencia de que la opinión pública está representada por una credencial.

***

– Hemos venido muy pronto, aún no son más que las doce. Mas valía que hubiéramos ido á la última de Apolo.

– ¿A qué? ¿A ver *El monaguillo* por centésima vez?

– ¡Pero qué tonteras dice esta Blanca! Como si nosotras fuéramos al teatro por la función. ¿Oye usted, doña Cleofé?

– ¡Qué ha de oir si está ya dormida! Yo también quisiera estar ya en la cama.

– Sí, tú ibas para duquesa y te has quedado en el camino. Bebe cerveza y calla.

– ¡Huy, qué cerveza! ¡No sé cómo hay á quien le guste!

– Blanquita, decididamente eres una infeliz y tendrás mal fin.

– ¡Mira, mira; allí entra el estúpido de García con su amigote del peluquín!... ¡Valiente par de mamarrachos! Salúdales, mujer, cariñosamente... Así... Otra vez. A ver si se sientan aquí y nos convidan... ¡Malo! Se conoce que no están en fondos, porque se van.

– ¡Mira, Carmen, qué muchacho tan simpático aquel rubio de allí enfrente!

– A ver: sí, no es mal parecido; pero su aspecto es muy modesto; no te conviene. Tú no quieres hacerle caso al barón, y es para ti un gran partido.

– ¡Pero si es un vejete lleno de alifafes!

– ¿Y qué? ¡Buen coche tiene y buenos caballos, que de fijo no tendrá ese mono! En fin, tú harás lo que quieras; pero una muchacha como tú, con ese palmito, debe aspirar á todo. Mira á María, que parece una grulla y tiene unos brillantes como avellanas... No los tendrás tú si te empeñas en ser heroína de novela.

– ¡Jesús, Carmen, qué cosas dices tan!... De oirte hablar así me dan ganas de llorar.

– Eso faltaba: otra noche no salgo contigo.

– ¿Por qué?

– Porque para venir aquí conmigo te sobran muchas cosas y te faltan otras.

***

– ¡Manos á la obra! ¡Qué pluma más infernal! ¡Vamos allá! «Mi querido y respetable señor: Escribo á usted en el lecho del dolor y en la más infecta de las buhardillas, adonde me ha conducido mi desgracia. Mi señora (¿quién será mi señora?) está de cuerpo presente y no tengo con qué pagar al mozo (ya he metido la pata; á ver cómo se puede arreglar) al mozo de... de la Funeraria (¡al pelo!). Si usted, á quien tanto debo (esto sí que es verdad), se apiadara una vez más de este infeliz, que no puede trabajar por falta de humor, (digo) por falta de recursos, y me hiciera el favor de prestarme cinco duros, se lo agradecería de verdad. Esto no es más que un préstamo reintegrable (el día del Juicio), y Dios le dará los intereses del ciento por uno. Si no le conviene dejarme esa cantidad como préstamo, puede mandármela en el concepto de donativo, seguro del agradecimiento de su desventurado amigo y viudo cesante *Juan Sable*.» No me ha salido del todo mal, cada día me parece que escribo con más sentimiento y elegancia. Ahora las señas: «Tribulete, 140, sotabanco.» Le pondré una posdata diciendo que aun cuando me dé los cien reales en papel no importa. Eso es: que vea que no soy un pedigüeño vulgar... ¡Pss! ¡Eh, Juan, ven acá; dame un *perro grande* para un sello del interior y... pónmelo en la cuenta, ¿sabes? No gruñas, hombre; que soy parroquiano antiguo de este y otros *cafeses* de Madrid.

A. Danvila Jaldero

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En Dusseldorf se ha constituído un comité de artistas y aficionados para organizar una exposición de cuadros modernos que son de propiedad particular, que se celebrará durante el presente verano. Este proyecto ha sido acogido con gran aplauso, y muchos son ya los propietarios de cuadros y colecciones notables que han ofrecido facilitarlos para ese objeto.

– En Landau (Palatinado) se ha inaugurado una fuente monumental dedicada al príncipe regente Leopoldo: la estatua ecuestre de éste, en traje de la orden de San Huberto, se alza sobre un zócalo de piedra arenisca gris, y ha sido modelada por Rumann y fundida en bronce por Miller. En el proyecto y ejecución del monumento ha sido colaborador de Rumann el arquitecto Thiersch.

– En Baden-Baden se ha inaugurado la Exposición internacional Artística instalada en el Casino, con asistencia de los grandes duques: figuran en el certamen obras de Munkaczy, Achenbach, Kaulbach, Keller, Meyer, Ritter, Gabriel Max, Lehnbach, Pilghein, Grutzner, Díez, Baisch, Schonleben, Zugel, Seitz, Zimmermann, Hotger, Wenglein, Till, Kallmorgen, Yetel y otros, además de una brillante representación de artistas jóvenes.

– El premio de 10.000 francos Juan Reynaud ha sido adjudicado en París al pintor José Blanc por su cuadro *La batalla de Tolviac*, existente en el Panteón.

– En la catedral de Peruggia se ha colocado una magnífica estatua de León XIII, obra del célebre escultor italiano José Luchetti.

– En la Exposición de Viena, el Sr. Pradilla ha obtenido el único gran diploma de honor, por su *Misa al aire libre en Nuestra Señora de la Guía*, del cual dice un periódico de la capital austriaca que vale por seis Messonier y la *Gaceta de Bellas Artes de París* que es uno de los cuadros más importantes de nuestra época.

Teatros. – En la Opera Nacional de Budapesth se representará durante la próxima temporada el ciclo completo de las óperas de Wagner, que se cantarán en húngaro.

– En el Covent Garden se ha puesto en escena la nueva ópera *Luz del Asia*, de Isidoro Lara, que se cantó en italiano. Esta obra, que dirigió admirablemente el maestro Mancinelli, obtuvo buen éxito, aunque no dejaron de notarse en ella varios defectos, el principal de los cuales es el que resulta de haber sido ajustada á las exigencias de una ópera una partitura que fué escrita para oratorio y que cuando se cantó como tal fué muy aplaudida.

– En el Empire, de Londres, se está representando un baile, *Versailles*, puesto con un lujo inusitado y con todos los recursos artísticos á que tan admirablemente se presta la elegancia de trajes y decorado de aquella época y de aquellos lugares en que Watteau impuso sus delicadas creaciones.

– En el teatro de Menus-Plaisirs, de París, se ha estrenado con muy buen éxito una opereta titulada *Toto*, letra de Bilhaud, música de Barnés.

– En el Teatro Libre, de París, ha sido muy bien acogida una comedia en tres actos de Pablo Anthelm, *La fin du vieux temps*, estudio interesante de costumbres rurales, arreglado á la escena de una novela del mismo autor, que ha obtenido en Francia éxito extraordinario.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Teodoro Caneel, director de la Academia de Bellas Artes de Gante.

Pedro Gruzinsky, pintor ruso de género y de batallas.

Guillermo Langhaus, músico, crítico, director del Conservatorio Scharwenka, de Berlín, y continuador de la *Historia de la Música*, de Ambross.

Carlos Eduardo Biermann, uno de los primeros maestros de la escuela paisajista de Berlín, profesor y miembro de la Academia de Bellas Artes de la citada capital.

Rodolfo Cruel, notable escritor alemán, cuya extensa *Historia de la predicación en Alemania durante la Edad media* ha sido considerada por la crítica como una obra maestra.

El doctor Pravaz, inventor de la jeringuilla para inyecciones hipodérmicas que lleva su nombre.

Guillermo Richter, distinguido pintor vienés de animales y batallas.

Víctor Tesch, exministro de Justicia belga, recientemente elegido diputado como candidato liberal.

Emilia Vogt, reputada escultora dinamarquesa.

Eduardo Erdmann, uno de los más famosos filósofos hegelianos de Alemania, autor de importantísimas obras, entre las que sobresalen su *Historia de la filosofía*, sus *Cartas psicológicas* y su *Lógica*.

Emilio Mario Vacano, célebre novelista alemán que antes de dedicarse á la literatura hizo sus estudios para profesar en la orden de los capuchinos, formó parte luego de una compañía de saltimbancos y trabajó después durante muchos años como artista ecuestre en los principales circos del mundo.

Varia. – Para asistir á la Exposición de Chicago saldrá de Cristianía un buque, copia exacta de la nave de los wikingos, que en 1880 fué encontrada en el fiord de arena de Seebade y que desde entonces se guarda en el jardín de la universidad de la capital noruega: tiene 70 pies de eslora y 17 de manga, y para ponerla en movimiento se necesitarán probablemente 36 remeros; el mástil, conservado en su mayor parte, debió tener por lo menos 20 pies de altura. En esta clase de barcos verificaban hace mil años aquellos poderosos reyes del Océano sus rapaces correrías por los mares del Norte.

NUESTROS GRABADOS

Habana. Teatro de Yrijoa. – La capital de la isla de Cuba cuenta desde hace poco tiempo con un nuevo coliseo, el teatro de Yrijoa, cuya vista reproducimos en la última página del presente número. Situado en uno de los puntos más céntricos de la Habana, cerca de la hermosa Plaza de Armas, no se ha omitido ni en su construcción ni en su decorado medio alguno para que llene las exigencias cada día crecientes del arte escénico y de la comodidad del público: grande, bien ventilado, elegante, adornado con lujo y dotado de todos los adelantos que en esta clase de edificios se han realizado hasta el día, constituye hoy uno de los sitios predilectos de la alta sociedad habanera, rivalizando dignamente con el tan conocido y favorecido teatro Tacón.

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

—¡Vamos, valor, hijo mío, valor; piensa que es por tu bien, y también por el suyo!.. Dispénsame el mal que te hago: mi experiencia me obliga á ello; pero estoy dispuesto á obedecerte.

«¡Estoy dispuesto á obedecerte!» ¡Mi padre, él que tan poco acostumbrado me tenía á discutir mis voluntades, pronunciar tales palabras!... Salí corriendo del comedor y me encerré en mi aposento para ocultar las lágrimas.

¡Pobre habitación, que había sido testigo de tantas alegrías, si ella pudiese revelar todos los pensamientos dolorosos que llenaron su atmósfera y reflejar las miradas de desesperación que fijé en las armas pendientes de sus paredes!

***

Rada de la Goleta, octubre de 1881

Por más que se sufra, el tiempo no deja de proseguir su curso, impeliéndoos, después de los acontecimientos imprevistos, hacia un objeto desconocido. Las horas lentas y tristes se siguieron unas á otras, y la noche llegó con su insomnio lleno de reflexiones y de proyectos combatidos; después rayó la aurora, sin



¡Qué Dios te aconseje!

que yo hubiese tomado resolución alguna; pero estaba convencido de que era impotente para sacudir el yugo de mi educación. Tal vez, y temía mucho que así fuese, me había espantado el realismo que me pintó mi padre... ó quizás, y yo lo hubiera preferido, Magdalena no me quería tanto como yo imaginaba.

¡El deber, me habían dicho, el deber!...

¿Cumpliría con el mío respetando la voluntad de mi pádre? ¿No sería faltar á él el abandonar á la que amaba?...

Ya no sabía qué creer; dudaba de todo sin dudar bastante, y hubiera querido dudar más aún, para tener una excusa, fuera cual fuese mi resolución...

En este punto estaba en mis reflexiones cuando oí llamar á mi puerta.

Mi primer impulso fué no contestar; pero después, desesperado como estaba, díjeme que no podía esperar mayor infortunio y que tal vez me llegaba un socorro, acaso Luis, á quien lo confesaría todo como á un hermano. Abrí al punto, y el Sr. de Nessey entró.

¡Su padre en mi habitación!... A fin de darme tiempo para que me recobrase de mi sorpresa, comenzó á mirar las paredes, diciendo con mucha calma:

—¡Vamos, tiene usted una habitación muy bonita! Siento no haber venido antes. ¿No son esas armas de las islas Marquesas?

Después, deteniéndose delante de mí me miró sonriendo.

—¿No es verdad, preguntó, que mi visita le causa á usted extrañeza?

—En efecto, contesté, no me tiene usted acostumbrado... Pero si me sorprende le aseguro que es agradablemente. De todos modos, sírvase tomar asiento.

—Con mucho gusto, y para poner pronto término á su sorpresa voy derecho al objeto. Vengo á pedirle un favor.

—¿Un favor?... ¿Usted... á mí?

—Más que eso; una gran prueba de afecto.

—¿Cómo?, murmuré algo inquieto, no sabiendo qué esperar.

—¡Ah, bah!, exclamó el Sr. de Nessey con el acento de frivolidad que le caracterizaba; entre hombres, entre soldados, más vale decir las cosas claramente, sin perífrasis... Un pinchazo de bisturí se da y se recibe muy pronto... y luego se olvida... Vengo á pedir á usted simplemente que renuncie á Magdalena.

Y como yo hiciese un movimiento, sin poder contestar, añadió, cogiéndome las manos:

—¡Vamos, ya está dado el golpe!... ¿Conque tanto la ama usted?

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Ella?

—Ciertamente, ella, pues si yo hubiera podido sospechar... ¡Ah, joven, joven, no ha sido usted franco!

—¿Sabe la señorita de Nessey que usted da este paso respecto á mí? ¿Es ella, quizás, quien le ruega?...

—Debería contestar á usted afirmativamente, á fin de curarle más pronto, contestó el Sr. de Nessey; pero no quiero mentir. No solamente Magdalena lo ignora, sino que deseo que lo ignore siempre.

—Entonces será usted quien... ¿Por qué? No lo comprendo...

—Sí, harto sé que no es costumbre rechazar una demanda antes de que se haya hecho; pero á mí me importa poco la costumbre, y usted lo comprenderá muy pronto. Desde hace largo tiempo, y bien debe saberlo, puesto que ha visitado nuestra casa con toda intimidad, había tenido el proyecto de unir á mi hija con de Branges, y tan fijo estaba este proyecto en mi ánimo, que no hablaba de ello á menudo, por lo cual mi esposa pudo creer que había renunciado á él. Por otra parte, Magdalena era joven, y nos sobraba tiempo. Cierto que de Branges tiene mucha más edad que Magdalena y que su vida ha sido un tanto alegre;... pero mi hermana asegura que será un excelente esposo, y quisiera verle casado cuanto antes... Magdalena no le desagrada... mi esposa se conformará... y en resumen, ese matrimonio nos halaga á todos, excepto á mi hija. Sin embargo, se hubiera avenido si no le hubiese encontrado á usted. Ayer, cuando yo más la instaba, me declaró al fin lisa y llanamente... á fe mía, muy llanamente, que le amaba á usted, que era correspondida, y que de no ser su esposa se conservaría siempre soltera... Ahora bien: yo conozco el carácter de Magdalena; es testaruda, muy testaruda;... y aunque yo podría arrastrarla ante el alcalde, sé muy bien que jamás pronunciará el *sí* que yo deseo... Además, hacer de padre bárbaro no es cosa de mi cuerda, y he aquí por qué he aparentado ceder, contestando que esperaría la petición de usted. Pero el caso es que no quiero esperarla, aunque, añadió el Sr. de Nessey con marcada intención, tal vez hubiera podido aguardar largo tiempo... porque usted es un hijo obediente, y si sus padres (esto no es más que una suposición) no aprobaban el matrimonio por usted proyectado, me parece que habría sido capaz, y le felicito por ello, de haber renunciado á su propósito.

¿Por qué dirigirme aquellas palabras irónicas? ¿Era verdad la historia del matrimonio con el primo de Branges, á quien yo no había visto nunca y del cual oía hablar vagamente? ¿No venía el Sr. de Nessey, por el contrario, á excitar mi amor propio, provocando una demanda y tratándome de ridículo?

—Me agradan las soluciones prontas, prosiguió, mientras yo sentía que el rubor coloreaba mi rostro, y he venido á buscar á usted al punto, amigo mío, para decirle que deseo que escriba á Magdalena, si le es demasiado penoso volver á verla, para despedirse de ella con motivo de su marcha. Es preciso partir, amigo mío; esto es fácil en su carrera y yo le ayudaré. El almirante Boisgelin, que debe ir á las Antillas, le admitirá como segundo si yo lo pido y usted lo solicita; con ello me complacerá en extremo y creo que á su familia no le desagradará.

—Caballero, repuse, usted es cruel, mucho más cruel de lo que imagina. Le ruego tenga la bondad de explicar lo que supone y lo que teme.

—Dispense usted, amigo mío, replicó el Sr. de Nessey, y advierta que le profeso mucho afecto y que mis palabras no ocultan ninguna segunda intención. Si enveneno su herida, bastante dolorosa ya según creo, lo hago inconscientemente, por el enojo que me produjo ver el giro que habían tomado los acontecimientos sin sospechar yo nada. Decididamente los padres son muy ciegos, y si yo hubiera podido prever antes lo que sucede, todos nos habríamos ahorrado disgustos. Solamente censuro en usted una cosa, y es el haberse ocultado de mí tanto tiempo; mas ahora no puedo permitir que se prolongue esta situación tan violenta... No me interrumpa... Ya sé que en usted concurren circunstancias atenuantes... Magdalena me lo ha dicho; pero ese matrimonio es imposible. He pensado que con la ayuda de usted se evitaría, y la necesito absolutamente.

—¿No basta ya que usted me rechace?, repuse. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Qué exige usted de mí?... Me acusa de haber ocultado mis intenciones; pero si yo vacilé en declararme (no debía decirle esto, mas usted lo ha adivinado), fué porque no era usted el único obstáculo á mis proyectos... Precisamente llega usted en un instante en que estoy perturbado, abatido por una discusión que sostuve ayer con mi padre y conmigo mismo; abatido sí, vacilante, pero no vencido... Mi padre cedía por fin, á pesar suyo, es verdad; y sin duda, como última concesión hubiera yo dilatado mi proyecto; pero la verdad es que cedía y quedábame la esperanza... En la situación en que me hallo, como usted ve, el tiempo era mi único auxiliar, y por lo tanto le ruego que no me prive de él. Convengo en que vacilar por más tiempo se hace imposible; obedeciendo á su deseo, me marcharé; pero no case usted á la señorita de Nessey contra su voluntad...

—Usted no me ha comprendido, dijo el conde con energía; no es solamente la marcha lo que pido, sino una renuncia completa...

Había previsto yo aquellas palabras de «renuncia completa,» que acababan de resonar en el silencio de mi habitación; las esperaba y las temía, pero con la vaga esperanza de que no se pronunciasen.

Y como al oirlas hiciese un movimiento de sobresalto, el Sr. de Nessey prosiguió con más dulzura:

– Veamos, amigo mío: es preciso adoptar una resolución enérgica, como usted comprenderá, y no separarse de ella. Deseche toda exaltación novelesca que yo concibo en el cerebro de Magdalena, porque es una niña; pero no en el de usted... Usted es todo un hombre, joven y fuerte, conoce la vida, olvidará á mi hija y amará de nuevo. Dicen que la mujer no ama verdaderamente más que una vez; yo lo dudo; mas estoy convencido de que al hombre le es dado amar varias, porque tiene muchas más ocasiones y porque reflexiona... Tratándose de matrimonio, no me es posible creer en la pasión que enloquece más que en el corazón de la mujer joven... digo en el corazón y debería decir en la cabeza. El hombre al amar lo hace de una manera más reflexiva, por violenta que sea su pasión; y si de otro modo siente, tanto peor para él, pues quedará desengañado. Debe buscar la dicha, la felicidad duradera; y el amor solo no la proporciona, porque al fin pasa ó se transforma como todo lo de este mundo. Ignoro lo que le habrán dicho sus padres, pero lo adivino. ¿Por qué hemos de ser nosotros los que nos equivocamos? ¿Por qué seríamos menos previsores que usted, nosotros que conocemos mejor lo que es una pasión?... Sin duda le han hablado de los hijos que puedan nacer... ¿No adivina lo que sufriría más tarde al encontrarse con ellos en la misma situación en que nosotros nos vemos hoy respecto á usted? En cuanto á sus padecimientos, por los que ahora le aquejan podrá comprender los que usted puede prepararles. .

– ¡Basta, caballero, basta, repuse; le ruego que no prosiga! Rechazado por usted, ¿qué puedo hacer? ¿Qué teme de mí y qué viene á exigirme sin ningún derecho?

– Todo lo temo de cabezas exaltadas, y sobre todo de mi hija, aunque no puedo precisar nada. Su insubordinación, como la de usted, no se calmará sino ante lo imposible. Lo que yo exijo, quiero decir, lo que yo le suplico que haga, se reduce á escribir una carta, como dictada por su propio pensamiento, renunciando á su mano. No le hable usted de mi negativa, pues así su altivez cicatrizará más pronto la herida que se inferirá á su orgullo. En cuanto á usted, le aseguro que olvidará; y para ayudarle á ello tendrá el continuo movimiento, las distracciones y la vida aventurera. Por otra parte, poco á poco adquirirá la convicción de que ha cumplido con un deber, y no solamente le tranquilizará esto, sino que le hará feliz.

Como yo no contestase, el Sr. de Nessey me cogió de las manos y añadió:

– Pensaba encontrarle á usted más fuerte, y quería proponer que escribiésemos los dos la carta; pero le veo perturbado... Prométame únicamente hacerlo usted solo; yo se lo ruego por la felicidad de Magdalena y por la de usted. Quedamos convenidos, ¿no es así?

¡Por su felicidad y por la mía! ¡Las mismas palabras de mi padre!

– No he concluído, se apresuró á decir el Sr. de Nessey, sin darme tiempo para contestar, pero me falta poco. Es una noticia que le agradará, convencido estoy de ello, y si no he comenzado por dársela es porque hubiera parecido que le proponía un negocio, disminuyendo con esto todo el mérito de su renuncia. Ahora que lo veo vacilante me apresuro á poner en su conocimiento que mi hijo Luis ama á la señorita Juana. ¿Lo sospechaba usted?

– Ciertamente que no.

– Ni yo tampoco, y veo que no soy el único ciego. La semana última me hizo Luis esta confidencia; y si le dijese á usted que me agradó lo que me dijo, usted, que conoce ahora demasiado á los padres, no lo creería. La señorita Juana posee ciertamente todas las cualidades que un hombre debe apetecer y que son las más propias para hacerle feliz;... pero tiene el defecto que sin duda los padres de usted notan en Magdalena: la falta de dote.

– Se engaña usted; Juana le tiene, aunque reducido, y es hija única, porque yo no pediré nada á mis padres: la posición que les debo me basta.

– Eso se dice.

– Y se hace, sin gran mérito.

– Está muy bien; pero yo no le pido ese sacrificio.

– La palabra sacrificio es demasiado fuerte en el caso presente.

– Luis, por su parte, posee una escasa fortuna personal que heredó de su abuelo; creo que unos ochenta mil francos.

– Me parece que Juana tendrá poco más ó menos esa suma, contando la parte que pudiera corresponderme.

– De ese modo, la situación no será para ellos la misma que hubiera sido para Magdalena y usted, aunque no debo ocultar que hubiera deseado un casamiento más brillante para mi hijo. No debo, sin embargo, desesperar á la vez á Luis y á Magdalena; me falta valor para ello, y si cedo en favor de mi hijo es porque la señorita Juana me inspira la mayor admiración...

– Sí, interrumpí yo; pero á usted le parece que un solo matrimonio en esas condiciones es ya muy suficiente. Por otra parte, el esposo conserva siempre su nombre; Luis no dejará de ser por eso vizconde; mientras que la señorita Magdalena sería la señora Larache.

– Ya lo he dicho, y usted no lo ignora; yo tenía proyectos anteriores, que de ningún modo pueden resentir su amor propio.

– Y de ningún modo puedo condenarlos, puesto que mis padres, con menos razones que usted respecto á la señorita Magdalena, han formado para mí proyectos demasiado ambiciosos, que no se realizarán nunca. Sin embargo, el dolor no me hace egoísta, y la noticia que usted me trae colma en parte mis deseos; pero es triste pensar que hubiera podido colmarlos todos, pues los lazos que van á unir nuestras dos familias habrían ayudado seguramente á la realización de mis deseos. ¿He de perder toda esperanza en el momento preciso en que un acontecimiento inesperado me acercará á la que amo?... Ahora no puedo vacilar ya; lo que usted viene á proponerme es una especie de negocio; y se quiere que yo mismo desgarre mi corazón y el de Magdalena, haciéndome despreciable á sus ojos...

– Despreciable, no; el dolor le trastorna. Usted ha sido leal, y jamás ocultó á mi hija las dificultades que á sus proyectos pudieran oponerse.

– Para que en cambio consintiera usted en la unión de Luis con Juana. ¿No es así?

El Sr. de Nessey bajó la cabeza.

– Ya estaba usted dispuesto á partir, dijo después de una pausa, antes de que le hablase de Luis; de modo que no hay nada de negocio.

– Tiene usted razón: estaba decidido á huir, y se lo había prometido ya. Por otra parte, no queriendo que se me atribuyera más mérito del que tengo, debo confesar que, tímido por educación, había optado por la fuga, tal vez aunque usted no hubiese venido á verme. Rechazado así por usted y por mi familia, ¿qué hubiera podido hacer? La marcha no me arrebataba toda esperanza, pero querer obligarme á que le preste mi auxilio para entregar á Magdalena á otro hombre... ¡Vamos, usted no sabe lo que me propone!

– Le aseguro á usted que sí; porque tengo la convicción, la completa certidumbre de que olvidará, lo mismo que Luis olvidaría si le rehusase un consentimiento del cual no sabría prescindir, gracias á lo que me respeta. He aquí por qué aunque yo no vacilase en rehusárselo, no adelantaría usted nada... A decir verdad, esta especie de negociación me repugna más que á usted, porque de nosotros dos no soy quien hace el mejor papel. Y no insistiré más, porque ya he manifestado mis razones y estoy bien resuelto. Decida usted como le parezca.

– Como usted es el más fuerte, cedo; y en realidad siento una amarga satisfacción en medio de mi pesar: esto que yo llamaba una deserción se trueca en un deber... Le obedeceré, escribiré y me marcharé; pero le hago responsable de todo cuanto suceda... y ¡ojalá no deba arrepentirse algún día!

– ¡Vamos, no se exalte usted!, repuso el Sr. de Nessey, disimulando con dificultad su alegría. ¡Qué hermosa es la juventud; no duda de nada y en todo cree!... Pero de todos modos, gracias; acepto su sacrificio, porque estoy seguro de que tendrá su recompensa. Merece usted ser feliz, y lo será, pues por otra parte yo me ocuparé de su bienestar. ¿No va usted á ser también mi hijo, después de todo, desde el momento en que será hermano de Luis?

– Escribiré. ¿Cómo debo enviar la carta?

– Por el correo. Nosotros no abrimos nunca la correspondencia de Magdalena.

– Después de esto, quisiera marchar lo antes posible.

– Para que Magdalena no sospeche nada, le he dicho que iba á París, y allí voy ahora mismo. Venga usted á buscarme mañana temprano, y haremos juntos una visita al almirante Boisgelin en el ministerio á eso de las diez. Merced á mi recomendación, estoy seguro de que será usted admitido. Haré de modo que se extienda el nombramiento acto continuo, y podrá ponerse en marcha pasado mañana. Irá usted á Tolón, donde el *Vulcano* está ya equipándose... Queda entendido que nadie sabrá nunca la conversación que entre nosotros ha mediado, ni Magdalena, ni los padres de usted, ni Juana... ¡sobre todo Juana!... También debe usted aparentar que ignora los proyectos de Luis.

– ¿Cuándo se efectuará el matrimonio?

– La petición se hará apenas el *Vulcano* abandone las costas de Francia, es decir, dentro de un mes, poco más ó menos, tal vez dos. Y ahora, ¡valor, amigo mío! ¡Bah! Nadie se muere de amor... Por otra parte, aquí todos le queremos á usted, y crea que no deseamos más que su felicidad. Adiós, Pedro; hasta la vista, amigo mío. No me guarde usted rencor... Más adelante comprenderá... y aprobará mi conducta.

– ¡Adiós!...



Rada de la Goleta, octubre de 1881

Por la noche, medio loco de dolor, con lágrimas en los ojos, escribí varias cartas, demasiado largas, en las cuales, á pesar mío, revelábase mi amor con demasiada violencia. Las rasgué una tras otra, y por fin limitéme á unas cuantas líneas cobardes, insubstanciales, en las que me declaraba vencido y con poco valor para continuar una lucha en la cual veíame derrotado de antemano, y desistía de todos mis proyectos con la más completa sumisión. Anunciaba mi marcha, y apenas me atrevía á solicitar un perdón que no merecía.

Al día siguiente á las diez llegué al ministerio. Un telegrama de Versailles me había precedido y contenía estas palabras:

– «Si me ama usted, no se marche. – *Magdalena.*»

Mi humillación no era bastante completa; todo se conjuraba para que mi conducta fuese más despreciable y más profundo mi dolor. ¿Podía yo contestar? Mostré el telegrama al Sr. de Nessey, que se sonrió con su expresión escéptica.

– Tanto mejor, dijo. Evidentemente nada tiene usted que contestar, y su silencio será el mejor medio para llegar á nuestro objeto.

– Sí, pero ¿cómo apreciará mi conducta? ¡Su desprecio ahora, después de perder su amor!

– ¡Bah! Las apreciaciones cambian con el tiempo. ¿No está usted resuelto? Retroceder ahora sería una cosa menos digna y á nada le conduciría, sin contar que me ha dado usted palabra. Boisgelin nos espera, vamos á verle.

El almirante nos recibió muy favorablemente; fuí admitido, y mi orden de marcha se firmó en el acto, según me lo había anunciado el Sr. de Nessey, quien se excedía á sí mismo para allanarme todos los obstáculos.

Hasta las cinco de la tarde no volví á tomar el tren de Versailles, para ir á pasar la última noche junto á mis padres y anunciarles mi marcha, que debía efectuarse á la noche siguiente...

Los acontecimientos se habían sucedido con tal rapidez, que vivía como en un sueño, como si asistiera á un espectáculo en que el héroe – el paciente más bien – no hubiera sido yo mismo. Supongo que el condenado á muerte debe experimentar una cosa semejante: su cuerpo es el que anda, su rostro el que siente la impresión del sol ó del viento; pero su pensamiento está ausente, su alma en otra parte. No tenía más que un deseo, que todo hubiese concluído ya; ansiaba hallarme lejos, muy lejos de todo cuanto amaba, y que me martirizaba tanto.

Pero ¡ay! mis padecimientos no habían concluído; el más inesperado, el más cruel y el más dulce á la vez acechábame y no tardaría en alcanzarme. A las diez de la noche, después de una larga y penosa velada en la que solamente hubo pesares secretos, un silencio enojoso y tristezas mal disimuladas, abracé á mis padres, tan afligidos como yo, y me retiré á mi habitación...

¡Pobres padres, cuántos pensamientos tristes oprimieron también sus corazones! ¡Cómo les contristaba verme marchar así! ¡Cómo sentían ahora haber influído – así lo creían ellos – en mi pronta resolución!

– ¡No, quédate, habíame dicho mi padre, quédate; tu dolor me hace demasiado daño; quédate, cásate con ella, y que Dios os bendiga, hijos míos!

– Quédate, decía mi madre con tono de súplica. ¿Por qué has de abandonarnos tan pronto? ¿No podías romper tus relaciones sin marcharte? No hay que precipitar las cosas. ¡Si al menos te hubieras contentado con volver á tu puerto, á Tolón, donde habrías podido servir en tierra! ¿Por qué ir al mar, cuando nada te obligaba á ello, y tan lejos, tan lejos!

Moví la cabeza tristemente para indicar que ya era demasiado tarde; el señor

de Nessey tenía mi palabra, y ya estaba comprometido con el almirante Boisgelin. Mi resolución era irrevocable; todo estaba ya concertado y convenido, y nada se podía combatir. Faltábame pasar allí una noche; después me conduciría el tren, más tarde el buque, y luego vendría lo desconocido, un pesar eterno tal vez, quizás el olvido. ¿Quién lo sabía?

Habían dado ya las doce de la noche, y sentado en un sillón cerca del fuego, entregábame aún á mis pensamientos, si tal podía llamarse el caos que se agitaba en mi cabeza.

De repente me pareció que unos dedos golpeaban los vidrios de mi ventana.

Levantéme, separé las cortinas de muselina, y en la obscuridad de la noche vi apoyada en las barras de hierro una forma de mujer, con la cabeza y el rostro ocultos entre blondas y los hombros cubiertos con un largo manto.

¡Magdalena á semejante hora de la noche! ¿Era posible?

¿Sería un recuerdo que me perseguía como una pesadilla?

¿Sería que su imagen se me aparecía siempre por doquiera?

– ¡Abra usted, abra usted la puerta!, dijo una voz dulce; es preciso que le hable

Obedecí al punto. ¡Sí, efectivamente era Magdalena! ¡Ella á media noche y sola! Llevaba el traje de comida, ligeramente escotado, la cabeza descubierta y un ramo de rosas naturales en su corsé. Fría y serena al parecer, de pie en el umbral de la puerta, fijaba en mí una mirada profunda é investigadora, mientras maquinalmente se quitaba los guantes.

– Magdalena, dije con la voz alterada, señorita Magdalena, ¿usted aquí á semejante hora?

La señorita de Nessey se encogió de hombros, como para indicar que las conveniencias á que yo aludía le eran muy indiferentes, y sentándose en una silla con ademán majestuoso, me invitó á imitarla. Yo permanecí en pie á cierta distancia. Su mirada estaba siempre fija en mí.

– Conteste usted, Magdalena, le dije, conteste usted, yo se lo suplico.

Pero no pudo hacerlo; tenía la garganta oprimida, su dolor era demasiado profundo, á pesar de la aparente calma que afectaba.

Quiso hablar; su boca se contrajo violentamente, mas no pudo pronunciar ni una palabra, y las lágrimas se agolparon á sus ojos.

Mil pensamientos me agitaban. En mi primer impulso hubiera querido arrojarme á sus pies, pedirle perdón, enjugar sus lágrimas con mis labios; pero mi promesa me retenía. Luego una duda dolorosa y consoladora á la vez, una duda de todo, me oprimió el corazón... De carácter reflexivo, muy escrupuloso respecto á la opinión pública y descontento del papel que desempeñaba, sentíame inquieto, torturado y sorprendido..

¿Por qué iba Magdalena á mi casa, sola y de noche?

Y ese escepticismo que me había comunicado la triste experiencia de mis padres, trataba de contestar por su boca que el paso de aquella joven era resultado de un cálculo.

Quería comprometerse, á pesar de cuanto me había hecho comprender otras veces.

¿Y no estaba ya realmente comprometida? Estaba en mi casa. ¿Cómo había venido? ¿No la habían visto entrar los criados ó los vecinos? ¡Qué importa ahora que permaneciese más ó menos tiempo en ella!...

Además de esto, su madre debía de haber intervenido también en aquella intriga. Tal vez estaría allí, detrás de la puerta, para presentarse cuando fuera necesario...

Pero no, verdaderamente yo estaba loco... Y su padre, el Sr. de Nessey... ¿Le engañarían á él también, ó qué papel desempeñaba? El paso que habíamos dado la víspera, el compromiso con el almirante Boisgelin, contraído en la mañana de aquel mismo día... ¿No sabía yo que á Magdalena no le faltaría esposo? Y si era cierto que Luis debía casarse con Juana, ¿no estaban allanados todos los obstáculos?...

No, á decir verdad, yo no comprendía ya nada, y perdía la cabeza; mas á pesar de todo, Magdalena al visitarme á semejante hora, despojábase de la radiante aureola de que yo me complacía en rodearla; mis remordimientos se desvanecían, y no me arrepentía tanto de mi conducta, á pesar de mi padecimiento.

Al fin me adelanté más sereno y cogí su mano.

Un rayo de luna, filtrándose á través de las cortinas de la ventana, reflejábase en su negro cabello, comunicándole un brillo singular. Magdalena no lloraba ya; había recobrado aquella expresión altanera que á veces tomaba, y esforzábase al parecer en sondear mi pensamiento con su mirada penetrante. ¡Qué hermosa estaba así!

– Magdalena, díjele con voz dulce, apelando á todo mi valor, no sabe usted qué alegría y tormento me ocasiona á la vez con su visita; es una crueldad querer presenciar mi humillación, agravando mi dolor en el momento en que debo marchar...

– ¿Por qué se va usted?, interrumpió.

– Es preciso ahora, balbuceé, como quien repite su lección; todo nos separa... Nuestros proyectos eran sueños irrealizables.

– Si habla usted así, es porque ya no me ama, ó porque jamás me amó de veras.

– En nuestra situación, repuse, toda conversación es muy difícil, casi imposible;... pero crea usted que la necesidad debe ser muy poderosa para conducirme á una decisión irrevocable como la que he tomado: le he dicho á usted adiós para siempre; es preciso, y no manifiesto mi dolor á sus ojos porque es demasiado profundo...

– No puedo creerlo. ¿Qué ha cambiado desde ayer?... ¿Se trata de su madre? ¿De qué me puede censurar? ¿De mi pobreza, pobreza relativa? Usted me ha referido su vida; ella también era pobre, pero ¿no ha sido feliz? Si no lo fué, era porque no amaba bastante. ¿No me ha dicho usted cien veces que los dolores y las penas que sufren juntos dos seres que se aman, cimentan las uniones más aún que las alegrías y los placeres?... Pero ¿qué estoy diciendo?... Creeríase que me defiendo... Tranquilícese usted, no es compasión lo que vengo á pedir. Si soy pobre, tengo altivez, como todas las criollas; pero mi corazón debe haber cambiado mucho para que yo me haya resuelto á venir aquí... Usted no comprende que vengo como una hermana y hasta como amiga;... y es porque me parecía imposible separarnos sin despedirnos... No he reflexionado sobre la extrañeza del paso que acabo de dar; y hasta que estuve en el umbral de su puerta no me ha sido posible, por la mirada que me ha dirigido usted, leer sus pensamientos, más dolorosos para mí que todo... Oiga usted: hemos ido á comer á casa de los Trevoix;... estuve alegre toda la noche, y nadie pudo sospechar mi dolor... Al volver á casa entré la última y dejé la verja abierta... después, cuando ya no percibí ruido alguno y apenas se acostaron los criados, salí... Nadie me ha visto... ni en la calle tampoco; gracias á que nuestras casas se hallan tan próximas... No puedo, por tanto, estar comprometida, y si lo estuviese, ya sabría sincerarme... Nuestra unión es ya imposible, más de lo que usted piensa, y por lo mismo me ve aquí...

– ¡Magdalena, Magdalena!, murmuré confuso y dispuesto á revelarlo todo, si usted supiera, si usted supiera...

– ¿Qué, qué puedo saber más? ¿Qué cambio habrá ocurrido en estos dos días? Sus padres rehusaban: ya lo sabía, pues me lo advirtió usted lealmente, y sobre este punto no tengo queja alguna, así como tampoco en lo demás. Mi padre hubiera podido persistir también en su negativa; pero ¿cree usted que yo habría variado? Cierto que no hubiera prescindido de su consentimiento, fuera cual fuese mi edad; pero en cambio, él no podía obligarme á contraer matrimonio contra mi voluntad; de modo que al fin habría cedido... Los padres ceden siempre ante una voluntad bien reflexiva y resuelta... La de usted no lo era, puesto que renuncia; y vale más saberlo ahora que más tarde, porque hubiéramos sido demasiado infelices... Tal vez tenga yo la culpa de todo esto... ¡Oh!... ¡Esa mirada que usted me dirigió cuando entré!... ¿Recuerda usted mi conversación antes de marchar la última vez á incorporarse con la escuadra y lo que le dije sobre las dudas?... Aquí mismo, delante de mí, después de oir mis palabras, aún las tiene usted... En cuanto á mí, las conservaré también, y esto, más que todos los demás obstáculos, imposibilita nuestra unión.

¡Ay de mí! ¿Cómo decir á Magdalena que si su visita me había sorprendido un momento, entonces menos que nunca podría conservar dudas sobre la franqueza y la intensidad de su amor?... ¡Cómo decirle que lo sabía todo, su proyectada unión con de Branges, la repugnancia de su padre en aceptarme y la especie de transacción en que había consentido!... ¿No debía, por el contrario, retener en el pecho mi amor y renunciar al suyo para siempre?...

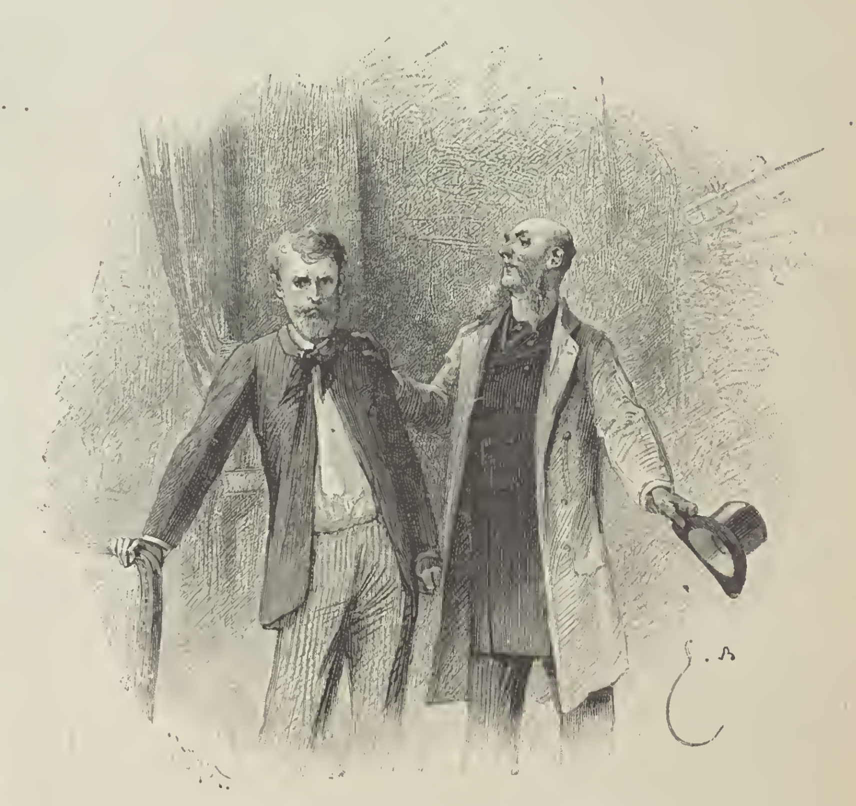
¡Qué inefable alegría experimentaba, sin embargo, al oirla hablar así; pero también qué dolor y qué vergüenza!

¿Qué contestar?...

Con el rubor en la frente, las sienes ardorosas y poseído de la mayor agitación, no supe hacer otra cosa que inclinar la cabeza.

Magdalena se compadeció sin duda, y levantándose me tendió la mano.

– Dispénseme usted, dijo; ya sabe usted que yo no hago nada como la demás gente. No había venido para hacerle cargos ni para provocar una explicación. Cedí á un impulso espontáneo, sin detenerme á reflexionar sobre su inconveniencia. A mí misma me decía: «Se marcha; es desgraciado, tal vez por tener demasiado juicio y previsión, pero desgraciado al fin, porque no es posible que me haya olvidado tan de repente, y no quiero que nos separemos así:



¡Vamos, es preciso adoptar una resolución enérgica!

quiero estrechar su mano, y desearle una felicidad que no hubiéramos encontrado juntos, lo comprendo.»

Yo tenía entre mis manos la de Magdalena, sin poder decidirme á dejarla; mas era preciso pronunciar alguna palabra, cualquiera que fuese, para prolongar aquella despedida, aunque era tan triste.

Entonces, dueño aún de mí, á pesar de la turbación profunda que me agitaba, recordé un momento el papel que debía desempeñar; pensé que sería más digno y más generoso esforzarme para que se me olvidara rápidamente, y hallé suficiente fuerza para decir en voz alta:

– Gracias, Magdalena; no puede usted imaginarse cuánto me consuela este apretón de manos, porque soy más culpable que lo que cree, y ni aun merezco su simpatía. Sin embargo, de todo corazón le juro que le deseo á mi vez toda la felicidad que se merece y que mi alma, demasiado débil, no hubiera podido proporcionarle... En mi indignidad temía el desprecio de usted; le doy gracias por haber sido caritativa.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

NUEVO MULTIPLICADOR AUTOMÁTICO

Aunque los pequeños aparatos destinados á facilitar la multiplicación y las operaciones que de ella se derivan son de formas muy distintas, difieren muy poco en cuanto al principio en que se fundan, así es que casi en todos ellos encontramos las varitas de Nap-

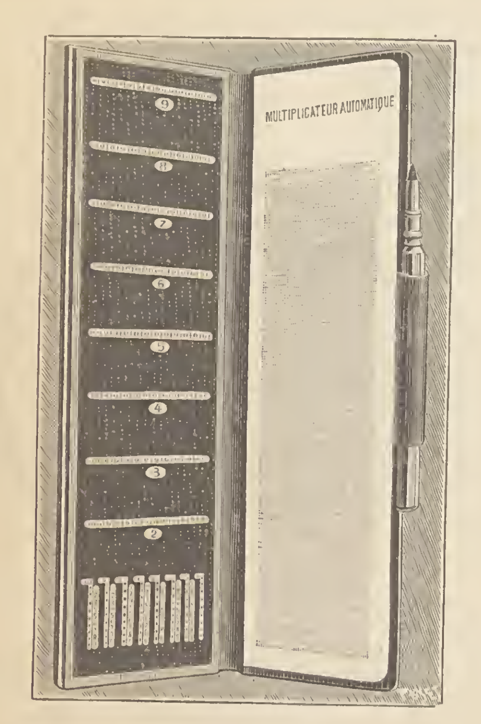


Fig. 1. Multiplicador automático de M. Eggis

pier ligeramente modificadas y dispuestas de manera que pueda componerse el multiplicando lo más rápidamente posible.

M. Eggis ha tenido la feliz idea de colocar los multiplicandos tocándose punta con punta y de inscribir uno á continuación de otro en una larga tira de cartón (fig. 1) todos los múltiplos de los números 0 á 9: en la parte alta de la tira hay los productos por 9, después los por 8 y así sucesivamente; los números leídos de arriba abajo son de esta suerte: 0, 9, 18, 27... 81; 0, 8, 16... 72, etc.

La tira está dividida de arriba abajo por una línea negra: á la derecha está inscrita la cifra de las unidades, á la izquierda la de las decenas; puestas una al lado de otra hay ocho tirillas colocadas debajo de una plancha de hierro que les permite deslizarse en el sentido de su longitud; á cada tirilla corresponde, en la parte inferior de la plancha, una ventanilla longitudinal al través de la que aquélla presenta un talón perforado con nueve agujeritos. Si, después de haber introducido un alfiler en uno de éstos, se empuja de abajo arriba, se hace deslizar la tirilla, que sube hasta la plancha (fig. 2). Los agujeros están numerados de 1 á 9 por cifras marcadas en la plancha.

Supongamos que hemos puesto el alfiler en el quin-

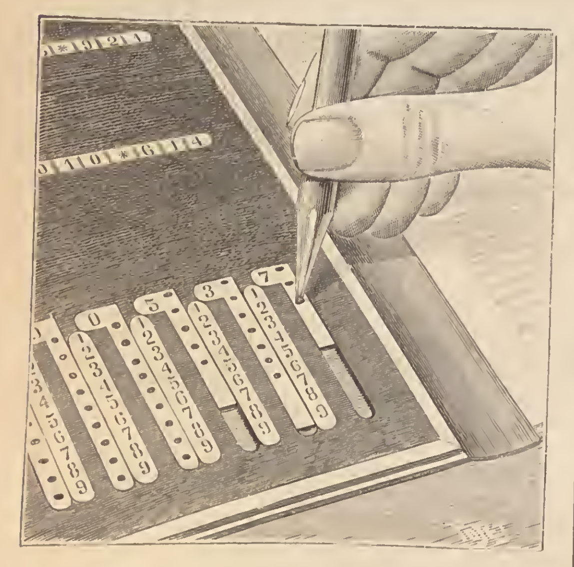


Fig. 2. Modo de emplear el multiplicador

to agujero; empujando hasta tocar la plancha, saldrá la cifra 5 en la ventana inferior, mientras que en las ocho ventanas practicadas transversalmente en dicha plancha irán apareciendo los productos por 2, 3, etc. Si se quiere conocer, por ejemplo, un múltiplo de la cifra 537, se introducirá el alfiler sucesivamente en los agujeros marcados con los números 5, 3 y 7 en las tres tirillas de la derecha, que se empujarán hasta el punto de parada: entonces en las ventanas transversales se leerán los productos parciales. En la cifra citada, el producto por 2 es 10, 6, 14; fácilmente se comprende que el 6 se ha de añadir al 1 de 14, con lo que se obtendrá 1074. Esta sencilla operación sería causa de muchos errores si M. Eggis no hubiese tenido la precaución de pintar de encarnado alternativamente la mitad derecha é izquierda de las tiras, de manera que los números que han de sumarse aparecen en las partes del mismo color.

Creemos que con esta ligera explicación podrán formarse nuestros lectores una idea clara de lo que es el multiplicador que nos ocupa: sólo añadiremos que la combinación de las tirillas estrechas y de la disposición en longitud ha permitido reducir considerablemente las dimensiones de este aparato de cálculo que puede llevarse fácilmente en el bolsillo.

El multiplicador de M. Eggis constituye un aparato práctico, susceptible de prestar muy buenos servicios á cuantos han de hacer cálculos. Los aparatos de este género van extendiéndose mucho, y á fuerza de práctica con sólo un poco de cuidado se logran resultados excelentes.

***

FÍSICA RECREATIVA

LA PRESTIDIGITACIÓN DESCUBIERTA. – MAGIA NEGRA

A pesar de su título un tanto sombrío, el sortilegio que vamos á descubrir no tiene de tenebroso más que el teatro del prestidigitador, que no está iluminado, ni otras negruras que el color del paño que cubre completamente el fondo, los lados, el techo y el suelo del escenario.

Por el contrario, todos los objetos que aparecerán en este experimento son blancos ó por lo menos de color claro, y el mismo prestidigitador, también vestido de blanco, no dejará de decir que si se practica la magia blanca en traje negro es necesario para la magia negra el traje blanco.

Empieza la representación: la sala está sumida en una semi-obscuridad; dos lámparas colocadas de espaldas al escenario proyectan sobre los espectadores, por medio de reflectores metálicos una débil luz, atenuada además por cristales ligeramente encarnados.

Se levanta el telón dejando ver las más completas tinieblas, en medio de las cuales, á los pocos minutos de espera, aparece de repente el prestidigitador, á quien no se ha visto llegar por los lados, que no ha salido de debajo de tierra ni ha caído tampoco del techo, el cual prestidigitador, después de haber saludado á los espectadores, llama á su varita mágica que, en el instante mismo, se encuentra en su mano sin que pueda sospecharse por qué camino ha llegado hasta ella. Esta varita, extendida hacia la derecha, hace aparecer un velador, y hacia la izquierda una silla y luego otra silla y otro velador.

Una ligera seña, y sobre cada uno de estos veladores se encuentra un jarro de porcelana; un pañuelo facilitado por un espectador y depositado en uno de esos jarros es inmediatamente retirado del otro; los huevos, los sombreros blancos, todo cuanto es de este color desempeña un papel en esta escena y sirve para los más variados escamoteos.

Después avanza lentamente desde el fondo del escenario una calavera que se aproxima al prestidigitador, el cual finge asustarse, le besa y va á posarse en una mesa desde donde contesta á las preguntas que se le dirigen. Pronto se reunen con la calavera huesos de todas clases y procedentes de todos lados, formándose de esta suerte un esqueleto entero que se pone á bailar, y mientras baila se disloca de nuevo danzando cada pieza por su lado, y finalmente todos esos huesos emprenden una carrera desenfrenada por todo el escenario.

Entonces aparece un violín blanco, del que una mano blanca, armada de un arco blanco también, arranca horribles sonidos.

Por último, el prestidigitador se escamotea á sí mismo delante de los espectadores; de pie en el centro de la escena se envuelve en una sábana blanca, se agita un poco, la sábana cae y el prestidigitador á quien se acaba de ver en el escenario entra en la sala por una puerta del fondo.

Este espectáculo es en verdad uno de los más sorprendentes que pueden ejecutarse en materia de física recreativa, y en punto á efecto sobrepuja al de los mismos espectros. La ilusión producida es tal, que muchos espectadores llegan á asustarse, y sin embargo, la explicación, como se verá, no puede ser más sencilla.

Ya hemos dicho que toda la iluminación se reducía á dos lámparas colocadas de cara á los espectadores; esta luz poco intensa es en gran parte absorbida por la sala y apenas si llegan al escenario algunos débiles rayos luminosos reflejados por las paredes, por los objetos de color claro, tales como los trajes de algunos espectadores, ó por la atmósfera vaporosa del teatro. Pues bien: esta débil cantidad de luz reflejada de este modo es casi completamente absorbida por el paño negro mate de que está cubierto el escenario, merced á lo cual el espectador no puede darse cuenta de las distancias que existen en una obscuridad tan completa, y un fondo de paño negro no impresionará ni más ni menos su retina porque esté colocado á 2 ó á 10 metros de profundidad en la escena. Supongamos ésta llena de objetos tapados con paños negros; los ojos de los espectadores, cuya sensibilidad para la obscuridad se halla aún disminuída por el brillo relativo de las lámparas y de los reflectores metálicos que los hieren más ó menos, no podrán en modo alguno distinguir estos paquetes negros que no se destacan del fondo general, negro y obscuro.

En cambio, los objetos muy blancos, colocados en estas condiciones, reflejarán la luz difundida por la sala lo bastante para destacar perfectamente sobre el fondo negro que los rodea y ser percibidos distintamente por los espectadores.

De este modo, al levantarse el telón, el prestidigi-



Esqueleto moviéndose sin hilos visibles delante de un prestidigitador

tador, los veladores y los demás objetos previamente colocados en la escena serán invisibles, pero aparecerán de repente en el momento de ser destapados, lo cual debe hacerse rápidamente y sin vacilaciones.

La calavera está fija al extremo de un bastón cubierto de paño negro y es puesta en movimiento por una persona que permanece entre bastidores y que completamente envuelta en paño negro cruza el escenario en los momentos en que es necesaria su intervención para hacer aparecer y desaparecer los objetos ó para transportarlos de un sitio á otro. Su presencia es completamente invisible.

Para escamotearse á sí mismo, el prestidigitador se retira sencillamente detrás de una cortina negra después de haber cedido su puesto debajo de la sábana blanca al personaje negro que permanecía invisible á su lado y que sostiene el lienzo y lo agita durante el tiempo necesario para que su compañero pueda dar la vuelta al teatro y llegar hasta la puerta del fondo de la sala.

Magus

(De *La Nature*)

***

COCHE ELÉCTRICO PARA CARRETERAS

El taller mecánico de la casa Carli y Compañía, de Castel Nuovo di Garfagnana (Toscana), ha construído un coche eléctrico para carreteras que, según parece, puede rodar con una velocidad considerable, durante muchas leguas, según el estado de los caminos.

El carruaje tiene dos asientos, es muy ligero y está

sólidamente construído por medio de tubos de acero barnizados, montados sobre el eje de dos ruedas muy elegantes.

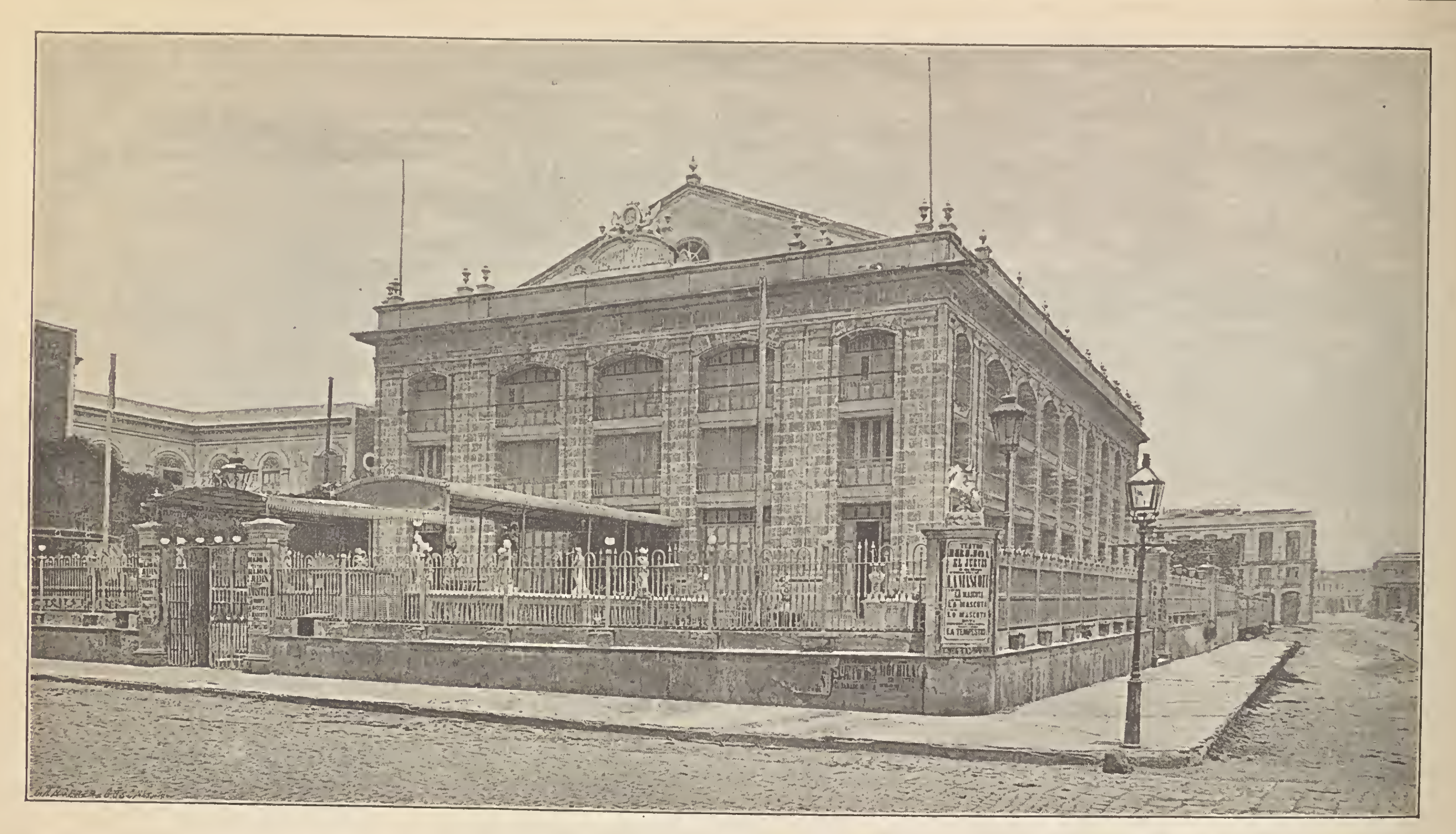
La fuerza motriz la proporciona una batería de 10 acumuladores de una capacidad de 20 amperes-hora por kilogramo de plancha, herméticamente encerrados en cajas de ebonita: su peso es de 70 kilogramos. La energía es distribuída á un pequeño motor por un conmutador regulador de 8, 12, 16 y 20 volts; andando á razón de 12 wats por término medio, la carga puede durar unas diez horas.

En las bajadas y en las paradas no se consume ninguna energía. El motor es de la potencia de un caballo de vapor, absorbe 942 wats y restituye 736: da 3.000 vueltas por minuto, y por razón de la gran ligereza del inducido puede llegar, sin peligro, hasta 15.000 vueltas con un rendimiento de 80 por 100: su peso es de 20 kilogramos.

El coche va, además, provisto de lámparas eléctricas, timbre de alarma, freno, válvulas de seguridad fusibles, etc., etc.

Tiene 7'80 metros de longitud, 1 metro de anchura y 1'20 metros de altura y pesa en conjunto 140 kilogramos.

Tenemos, pues, un nuevo aparato ingenioso y bien dispuesto, si hemos de creer lo que nos dice el periódico italiano *Industria*, de donde tomamos la noticia.



TEATRO DE YRIJOA, recientemente construído en la Habana (según fotografía remitida por D. Luis Artiaga)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

TOMÁS SANZ. LIBRERO SIERPES 90 y 92. SEVILLA

AÑO XI — BARCELONA 4 DE JULIO DE 1892 — NÚM. 549





¡Y cómo lo cojo!



¡Ca! Lo que es así... imposible



¡Qué idea!



¡ . . . . . !



¡Ajajá!

MURIO MIENTRAS ORABA

«OTRO hombre fué hallado de rodillas oculta la cara en sus manos, como si hubiera muerto en oración.»

He recortado este suelto patético de la relación del desastre que tuvo lugar en las minas de hulla de St. Etienne en Francia, en diciembre de 1891. El fuego había estado ardiendo durante algunos años en una parte remota de la mina, pero su extensión fué impedida por medio de barreras. No obstante, éstas mostraron ser insuficientes al fin, y la terrible mofeta estalló, esparciendo la mortandad por toda la mina. Tales desgracias son demasiado conocidas para que se precisen mayor explicación ó comentario.

¿Te ha ocurrido jamás observar que el interior del cuerpo humano es como el interior de una mina de hulla? Pues así lo es. Todas sus operaciones se llevan á efecto en la soledad y en la obscuridad. Se engendran en él gases que son tan peligrosos como las mofetas. Generalmente, sin embargo, detengámonos y oigamos primeramente el corto relato.

Es acerca de una mujer. En efecto, de ella misma procede además, y ha de interesar á alguien, quizás á tí. Dice esta mujer que durante un largo período, desde su infancia hasta años después de su matrimonio, jamás supo lo que era enfermedad; es decir, enfermedad que valiera la pena recordarla, ó como si dijéramos, que hubiese hecho mella en ella. Pero excesivamente pocas son las personas que hayan podido esquivar por completo este azote. Tampoco ella. «Era en el verano de 1890, dice, cuando empecé á sentirme mal. Mi apetito era escaso, y lo que conseguía comer me causaba fuerte dolor y angustia. El alimento parecía quedar como plomo; y después de cada comida, por más sencillo que fuese el alimento, experimentaba el dolor más molesto que pueda imaginarse. Me sentía un dolor atormentador y opresor en el pecho que comunicaba con los hombros, el cual era muy duro de soportar. Tan fuerte era, que llegué á creer que algo en mi interior (tal vez un tumor) se estaba formando. Desde que entraba algún alimento en mi estómago, solía yo decir: Ya empieza; queriendo significar ese dolor corroedor.

»Tomé toda clase de remedios para aliviarme y me apliqué parches de mostaza sobre el pecho, pero nada me hizo bien. Por algún tiempo no me atreví á hacer una comida como es debido, temía comer, y me puse muy delgada y endeble. Lo más que me era posible hacer era ocuparme de los quehaceres caseros. En octubre de este año (1891) la señora James Mercer, de High Street, núm. 170, Longton, me recomendó probase el Jarabe curativo de la Madre Seigel, y compré una botella y empecé á tomarlo. Después de varias dosis experimenté alivio. El alimento me sentaba bien y cuando hube consumido una botella grande todo dolor me había abandonado y hoy me encuentro tan bien como nunca me he sentido.

»De V. atenta, etc.,
»firma ELIZABETH WRIGHT.
»12, Kinc Street, Hanley.
»Staffordshire (Inglaterra).
»Noviembre, 19, de 1891.»

Tal vez me preguntarás, oh lector, ¿qué tiene de común la desgracia de los mineros con el caso de la señora Wright? Voy á decírtelo en un instante. Dice esta señora que se sintió enferma en el verano de 1890. Ahora bien; ¿crees tú uue la enfermedad y su causa se originaron en aquella época? De ningún modo. La causa en primer lugar y los efectos luego: este es siempre el orden de cosas. Y así en este caso. Una causa puede estar trabajando durante semanas, ó años, antes que notemos resultado alguno, y hasta que llegamos á notar los resultados ignoramos que haya nada en desorden. ¿No es así? Los mineros, sin duda, sabían que había fuego en la mina; pero habiendo sido avallado éste, creyeron encontrarse seguros. Las barreras se abrieron y la muerte les sorprendió en un abrir y cerrar de ojos.

El cuerpo es como una mina, según llevo dicho. La enfermedad y la muerte son ocasionadas por la acción de los gases y ácidos venenosos que se hallan dentro de él. Todos proceden del estómago y entonces se introducen en todas las partes; á veces con rapidez, otras con lentitud, con mucha rapidez en algunas enfermedades agudas. Los médicos llaman con frecuencia gota á la explosión de ácido úrico. El origen de todas estas cosas destructivas es la indigestión y la dispepsia. Síntomas leves al principio, luego los más terribles y alarmantes. Observa el modo como se producen. Esta fué la enfermedad de la señora Wright. Estuvo sufriendo quince meses antes de saber lo que tenía y lo que debía hacer. ¡Cielos santos! Si supiésemos solamente las diferentes cosas que tienen lugar en nuestros cuerpos comprenderíamos que hay tanto peligro en trabajar en la cocina como en una mina de hulla.

Al dirigirse el lector á los Sres. A. J. White, Ld., de la calle de Caspe, número 155, Barcelona, tendrán estos señores mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El *Jarabe curativo de la Madre Seigel* está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito, 8.



–¿Dónde es la música esta noche?
–¿Por qué lo preguntas?
–Como veo que llevas el arpa...

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN